



Cor ad cor

4

CUADERNO SOBRE LA **VIDA Y**
DOCTRINA DE SAN JOHN
HENRY NEWMAN

Cor ad cor

ESCRIBE: THE NEWMAN SOCIETY

4

CUADERNO SOBRE LA **VIDA Y**
DOCTRINA DE SAN JOHN
HENRY NEWMAN

© COR AD COR. CUADERNO SOBRE LA VIDA Y DOCTRINA DE SAN JOHN HENRY NEWMAN. Año 3, No. 4, octubre 2022, es una publicación editada por The Newman Society, en Zapopan, Jal., Tel. 33 2538-2488. publicaciones@thenewmansociety.org Editor responsable: Adrián A. Aguilera A. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. ____- ____- _____. ISSN ____- ____, ambos otorgados por el instituto Nacional de Derecho del Autor, Licitud de Título y contenido No. _____.

Impresión y encuadernación: GP Soluciones Impresas S. A. de C. V., Calle Mezquitán 574, Col. Barranquitas, Guadalajara, Jal., C. P. 44280.

Este número se termino de imprimir el 9 de octubre del 2022, con un tiraje de 1000 ejemplares.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin la autorización expresa de sus autores.

Presentación



COR AD COR LOQUITUR

«Pongo a los hombres y a los ángeles por testigos de que por mucho que le he fallado, Él nunca me ha fallado a mí, y nunca lo hará»

–San John Henry Newman¹

Los días 11 de agosto y 9 de octubre, aniversario de la Pascua y fiesta litúrgica de san John Henry Newman, respectivamente, nos ofrecen un par de ocasiones muy ad hoc para repasar algunas claves de la vida y obra de este hombre que tanta influencia ha tenido en nuestra vida; para recordarlo como él quería ser recordado, «como un hombre de carne y hueso, y no como un maniquí al que se reviste con sus ropas»². Él mismo llegó a confesar, lo que consideraba «una especie de manía suya»: estaba convencido de que «la vida de un hombre se hace como presente a través de sus cartas»³. Vamos echando un vistazo, pues a sus cartas y escritos autobiográficos, para permitir que su corazón le hable al nuestro.

Nació en Londres el 21 de febrero de 1801, en una casa que se ubicaba en el lugar en que actualmente se encuentra la bolsa de valores. A la edad de quince años, entre los primeros días de agosto y el 21 de diciembre de 1816, experimento una transformación radical, al grado que él mismo se preguntaba si no se trataba de una persona distinta. ¿Qué había sucedido? Le fue concedida la experiencia de la existencia de Dios y del mundo invisible, una impresión que no se borrará jamás y que concentró sus pensamientos en dos seres y solo dos seres absoluta y luminosamente evidente: él mismo y su Creador⁴.

Si antes había deseado ser virtuoso pero no religioso⁵ y le gustaba decidir todo por sí mismo, ahora solo pedía que le guiara la luz amable⁶, Dios, que habita en nuestro corazón; estaba dispuesto a seguir el camino de la fidelidad a la conciencia, por exigente que fuera. Se había determinado a no pecar nunca contra la luz⁷. Por eso pedía no tanto ver el final del camino, sino que se conformaba con el siguiente paso⁸. Estaba convencido que tenía una misión que cumplir⁹: «Dios me ha creado para hacer para Él un servicio

¹ Cartas y Diarios, XXVIII, p. 31 (En adelante se cita como CD).

² *Apología pro vita sua*, Prefacio del autor, p. XLIV; cf. CD XXIV, p. 262, CD XXVIII, p. 92-93.

³ CD XXVI, p. 375.

⁴ *Apología*, p. 5.

⁵ *Escritos autobiográficos*, p. 169.

⁶ *Versos en varias ocasiones*, p. 156.

⁷ Cf. Ker, I., *John Henry Newman. Una biografía*, p. 96

⁸ *Versos en varias ocasiones*, p. 156

⁹ Ker, I., *Cit.*, p. 98

específico; me ha encomendado un trabajo que no ha pedido a ningún otro. Yo tengo mi misión. Soy necesario para sus propósitos, tan importante soy yo en mi puesto como un Arcángel lo es en el suyo. Yo tengo parte en este grandioso proyecto; soy un eslabón en una cadena, un vínculo de unión entre personas. No me ha creado para la nada. Haré el bien, haré su trabajo; seré un ángel de paz, un predicador de la verdad desde mi propio lugar, casi sin pretenderlo, solo con guardar sus mandatos y servirle en mi llamado»¹⁰.

Casi treinta años después, el 9 de octubre de 1845, la vida de Newman tuvo literalmente un nuevo comienzo. Él era ya para ese momento la voz más autorizada dentro de la iglesia anglicana, ocupaba un puesto de primer orden y muchos le miraban como punto de referencia. Su teoría de que la Iglesia de Inglaterra representaba un término medio entre los extremos de la corrupción de la Iglesia de Roma y de las iglesias orientales ortodoxas, había ganado terreno entre sus correligionarios¹¹. Pero la Providencia tenía todavía muchas sorpresas para él. Mientras estudiaba a los Padres de la Iglesia, como parte de sus esfuerzos para promover la defensa de la verdadera iglesia de Cristo, cayó en la cuenta que lo que hasta ese momento él llamaba los excesos y corrupciones de la Iglesia de Roma no era otra cosa sino la evolución natural de la comprensión de las verdades de fe¹². Con grande sorpresa y, en cierto sentido, también con un grande dolor constató que la historia estaba llena de ejemplos de cómo la Iglesia, en cuanto realidad viva, solo creciendo permanecía fiel a sí misma: “vivir es cambiar y la perfección el resultado de muchas transformaciones”¹³. Los escritos de los Padres le pusieron en el lecho de muerte de su pertenencia a la Iglesia anglicana¹⁴. Se tomó el tiempo necesario y puso los medios para descubrir la voluntad de Dios. Intelectualmente ya estaba convencido de que al igual que en la época de los Padres la verdad se hallaba del lado de la Iglesia de Roma: los católicos seguían siendo los mismos que habían sido siempre, mientras que la Iglesia de Inglaterra ocupaba el lugar en el que en otras épocas habían estado situados los herejes¹⁵. Toda esta lucha interior desembocó en el gran paso de su vida: solicitar la admisión a la Iglesia católica. Estaba perdiendo prácticamente todo: amigos, familia, puestos, títulos, prestigio, pero era mucho más lo que ganaba: la comunión con Cristo. Al igual que san Pablo que todo lo consideró basura con tal de ganar a Cristo, Newman, en la fe en el Hijo

¹⁰ *Meditaciones y devociones*, pp. 301-302.

¹¹ Cf. *La vía Media de la Iglesia Anglicana*.

¹² Cf. *Ensayo sobre el desarrollo del dogma*.

¹³ Íb.

¹⁴ *Apología*, p. 120.

¹⁵ Íb., cap. IV.

de Dios que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros hizo la experiencia del grano de trigo, la muerte y la resurrección, “vivo yo, pero ya no yo, es Cristo quien vive en mí”¹⁶.

En su nuevo ministerio quiso servir sobre todo a los más pobres. Por eso eligió el que era entonces un barrio de gente muy sencilla, emigrantes irlandeses que salían de su propio país en busca de trabajo¹⁷. Allí en Birmingham estableció, junto con sus compañeros, el primer Oratorio de san Felipe Neri en Inglaterra. Durante cuarenta y cinco años sirvió a la Iglesia con toda fidelidad, amándola como ella quiere ser amada. Se dedicó de modo especial a la formación de los jóvenes: «desde el principio hasta el final, la educación ha sido mi línea»¹⁸. El Papa León XIII le nombró cardenal, siendo el primero en la lista de los purpurados nombrados por él, obtuvo de parte del Papa el apelativo de “il mio Cardinale”, mi Cardenal.

El 11 de agosto, después de algunos meses de enfermedad y padecimiento, ya prácticamente sin poder salir de la cama, Newman fue llamado a la morada eterna en la casa del Padre, al mundo invisible por el que siempre se había sentido atraído: «ser cristiano es para mí, estar en contacto con el mundo invisible»¹⁹. Él mismo dejó indicado el epitafio que quería para su tumba: “de las sombras y las apariencias a la verdad”²⁰ –*ex umbris et imaginibus in veritatem*–, un verdadero resumen de su vida. Los meses anteriores, cuando su avanzada edad y la ceguera ya le impedían rezar el breviario y celebrar la Santa Misa; Newman se aferraba entonces al rezo del Rosario. María había sido una presencia constante en su vida, uno de sus grandes amores, y por eso lo era también el Rosario: “la grandeza del Rosario consiste en que traduce el Credo en oración... nada hay más dulce para mi sensibilidad personal que el Rosario»²¹.

A 177 años de su conversión y 132 años después de su muerte, ¿cuál es el mensaje que nos deja la vida de san John Henry Newman? Nos contentamos con subrayar cuatro orientaciones fundamentales:

- Nos enseña ante todo a tomar a Jesús en serio, a no contentarnos con un conocimiento superficial, que se quede en el plano de las ideas, sino a procurar una real y profunda experiencia de Dios a través de la amistad con Cristo²².

¹⁶ Cf. Fil. 3, 8; cf. Jn. 12, 24; Ga. 2, 20.

¹⁷ Cf. *Discursos sobre la fe*, s. 1.

¹⁸ *Escritos autobiográficos*, p. 259.

¹⁹ *Sermones parroquiales y sencillos*, V, 16, pp. 225-226.

²⁰ *Ex umbris et imaginibus in veritatem*

²¹ El gran poder del Rosario en: *Dichos del Cardenal Newman*, pp. 44-46.

²² *Sermones católicos*, s 4.

- Nos invita a no pasarnos la vida justificándonos²³, sino a asumir con gran sinceridad y radicalidad la llamada a la conversión²⁴, a nacer de nuevo²⁵.
- Su vida y su mensaje son una invitación a la confianza en Dios y en su misericordia: «Nada es demasiado difícil de creer acerca de Aquel para quien nada es demasiado difícil de hacer»²⁶. Newman recomendaba a sus amigos –y nos recomienda ahora a nosotros– una actitud de abandono confiado en aquellas manos que extendidas en la cruz mostraron de modo sublime el amor que Dios nos tiene: «Debes esperar el tiempo de Dios. Él ya ha hecho gran cantidad de cosas por ti. Pero hará, estad seguro, muchas más. No desconfíes de Él, ponte en sus manos como Padre amoroso que es. No digas sin más 'seguiré la verdad', sino más bien 'seguiré la guía y la voluntad de Quien es la Verdad' y 'pediré Su gracia para que me capacite a hacerlo así'»²⁷.
- En 2019, en el contexto de la canonización, se hablaba de Newman como “el santo de la amistad”: “nadie ha tenido en este mundo amigos tan grandes como los que yo he tenido”²⁸, decía. Y también: “lo que seamos hacia nuestros amigos, eso seremos hacia Dios”²⁹. La vida de Newman nos enseña que la amistad cristiana es garantía de fidelidad y de fecundidad apostólica.

El nombre de Newman ha estado asociado a nuestra familia espiritual desde sus primeros pasos. Que su ejemplo e intercesión nos impulsen a procurar con todo el amor que la gracia nos inspire una profunda intimidad con Dios en Jesucristo²⁷, para vivir ya desde ahora la vida Trinitaria, esperando el cabal cumplimiento de la historia en la Jerusalén celestial²⁸.

El corazón le habla al corazón, THE NEWMAN SOCIETY

Contenido:				
	EN EL TRINITY COLLEGE	NEWMAN Y LA EDUCACIÓN	MAESTRO DEL ESPÍRITU	DEVOCIÓN Y FAVORES
	Página 9	Página 35	Página 65	Página 79

²³ *Discursos sobre la fe*, s. 5

²⁴ Cf. Mc. 1, 15.

²⁵ Jn. 3, 1, ss.

²⁶ *Sermones católicos*, II, p. 51.

²⁷ CD XXV, p. 296, 1870: Carta a William Dunn Gainsford

²⁸ CD XXIII, p. 151.

²⁹ El amor a parientes y amigos, en: *Sermones parroquiales y sencillos*, s. 2, s. 5. Of

La vida

EN EL TRINITY COLLEGE DE LA UNIVERSIDAD DE OXFORD

«Bastantes veces he pensado que los tres años de estudiante aquí son una imagen de la vida entera de un hombre: juventud, madurez, vejez; cosa que no se entiende del todo si uno no lo experimenta personalmente»¹

La conversión que Newman había experimentado siendo apenas un muchacho de quince años consistía en una renovación de principios bajo la guía del Espíritu Santo, algo así como un corte en la raíz de la duda, que proporcionaba una fuerte vinculación entre Dios y su propia alma². Se trata de un proceso interior que años más tarde le daría mucho material para reflexionar, sobre todo cuando escribió los sermones universitarios y el ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento, así como otras obras relacionadas con el tema de la naturaleza de las certezas religiosas; por ahora solo está convencido de que tiene razón en sus puntos de vista en materia de fe. ¿Cómo puede estar tan seguro de ello? Él se limita a responderse a sí mismo con un sencillo "se que lo se"³. No era una de esas personas capaces de permitir que las ideas se queden dormidas en su interior⁴, sino que su aparente tranquilidad exterior era solo la fachada tras la cual se oculta una intensa actividad.

Estamos en diciembre de 1816. Ya había pasado aquella gran enfermedad, o como él mismo la definía: «la primera de las agudas experiencias que vivió siendo apenas un muchacho de quince años» que, a través de sufrimientos terribles que solo Dios conocía, le había conducido a tomar en serio el cristianismo⁵. La lectura de las obras de Thomas Scott así como el ejemplo de su vida habían sembrado por primera vez en la mente y el corazón del muchacho una verdad fundamental de la religión: la fe en la Santísima Trinidad⁶. Era como si a través de los problemas que en los meses anteriores habían caído sobre él, Dios se hubiera hecho un espacio en su corazón. Ahora ya podía decir que su alma descansaba en dos y solo dos seres absolutamente y luminosamente evidentes: él mismo y su

¹ *Cartas y Diarios*, entrada del 28-VI-1820.

² *Autobiographical Writings*, p. 166.

³ *Íb.*, p. 172.

⁴ Newman, J., *Perder y ganar, historia de una conversión*, 2009, p. 65

⁵ *Autobiographical Writings*, p. 150, 268.

⁶ *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, BAC, Madrid, 2011, p. 6.

Creador⁷; estaba, por tanto, preparado para comenzar una nueva e importante etapa en su vida, la que corresponde a los estudios universitarios.

El 14 de diciembre, el padre –John Newman, igual que él– junto con un clérigo amigo de la familia, el reverendo John Mullens, coadjutor de la Iglesia de santo Santiago, en Piccadilly –en el centro de Londres, muy cerca del palacio de Buckingham– pasaron en un carruaje por el internado donde estudiaba John Henry. Iban a recogerlo con planes de acompañarlo a conocer y matricularse en la universidad. El reverendo Mullens se había convertido en un buen amigo de la familia y el sr. Newman solía tomar en cuenta su parecer a la hora de las decisiones importantes relativas a la formación de sus hijos. Había aceptado con agrado dejarse acompañar por el clérigo en esta importante gestión, de la que se iban a derivar consecuencias que marcarían toda la evolución posterior de John Henry.

Mientras llamaban al chico, el padre aprovechó para intercambiar un saludo y un par de impresiones con el Dr. Nicholas, director de la escuela. A juicio de este último ninguno de los alumnos había aprovechado tanto en tan poco tiempo como el hijo del sr. Newman, por lo que auguraba para él un brillante futuro. El sr. Newman, por su parte, tuvo que



Oxford, una vista de la ciudad, en la izquierda de la parte superior el escudo de la Universidad.

⁷ *Íb.*, p. 5.

reconocer que todavía no estaba del todo convencido sobre si matricular a su hijo en Oxford o en Cambridge, que representaban desde el siglo XIII las dos opciones para obtener a un título universitario en Inglaterra. La Universidad de Londres fue creada hasta 1828, y reconocida oficialmente en 1836. Oxford y Cambridge, que se repartían el monopolio de los estudios, eran ciudades medianas de apenas unos 20 mil habitantes, cuya vida giraba en torno a la universidad y a los estudiantes. La distancia de ambas respecto a la capital británica era también similar. Las dos gozaban de un extraordinario prestigio, pero mientras que Cambridge había dejado un poco de lado el carácter confesional, Oxford se distinguía por su apego a la religión nacional de Inglaterra, llegando a ser considerada algo así como la cuna intelectual del anglicanismo. Tanto alumnos como profesores estaban obligados a reconocer bajo juramento los 39 Artículos. En Oxford se formaban muchos de los que luego llegarían a ser clérigos y obispos.

Aunque tanto el sr. Newman como su propio hijo tenían en mente una profesión secular –la de abogado, seguramente– se dejaron influir por la opinión del reverendo Mullens que recomendó buscar lugar para el chico en Oxford, en el mismo internado en que en su momento había estudiado él. Y es que, como sucede todavía en la actualidad en ésta y en muchas otras universidades de rango similar, en ese momento la Universidad en cuanto tal se ocupaba de las cuestiones administrativas, los exámenes y la concesión de los grados académicos, mientras que los alumnos tenían que matricularse en uno de los internados que se encontraban incorporados a la Universidad, allí era donde los alumnos vivían y estudiaban, bajo la tutela de los profesores y las autoridades del propio college. Cada internado o college tenía un representante en el órgano que regía la Universidad, llamado Consejo, cuya mesa directiva era el órgano ejecutivo de las resoluciones que se tomaban de manera colegiada. A principios del siglo XIX había en Oxford 19 internados mayores, junto a otras cinco residencias universitarias que, sin ser consideradas un college como tal, eran también reconocidas por la universidad y tenían un representante en el Consejo. Tanto internados como residencias formaban una auténtica comunidad y había entre ellas un cierto espíritu de competencia.

Se dirigieron en primer lugar, pues, al Exeter College, del que como queda dicho era egresado el reverendo Mullens; sin embargo, no encontraron allí ningún lugar disponible para el siguiente ciclo; sí lo hubo en cambio en el Trinity, en el que finalmente John Henry fue matriculado. Fundado en 1555 por Thomas Pope, el Trinity College está situado en el centro de la ciudad, muy cerca de la biblioteca y de la parroquia de Santa María. «¿El Trinity? ¡Mmmm! ¡Un college muy de caballeros! Eso me deja muy tranquilo», comentó el Dr. Nicholas tras enterarse de la decisión. Generalmente los alumnos de nuevo ingreso tenían que pagar su propio hospedaje y manutención, y en estos términos reservaron un



Diversas vistas del Trinity College

alojamiento en el College, mismo que estaría disponible en el verano del año siguiente.

Después de aquel viaje relámpago a la Universidad, John Henry volvió prácticamente ya solo para despedirse de su querida escuela de Ealing, en la que había vivido por espacio de diez años. Su último día allí fue el 21 de diciembre. Luego permaneció en casa de sus padres por casi un semestre, en espera de que se cumpliera la fecha fijada para poder disponer de su habitación en Oxford. Hasta allí se trasladó finalmente a la edad de 16 años, era el 7 de junio de 1817. Apenas llegó se fue a comprar su toga y algunos otros artículos personales. El sastre le comentó que parecía como si hubiese tomado exactamente sus medidas a la hora de confeccionar aquella prenda. Conforme a las normas, una vez que recibiera su habitación debía permanecer en el College por lo menos cuatro semanas antes de poder volver a casa, por lo que mientras todo el mundo se preparaba para irse de vacaciones, él se dispuso a quedarse en un solitario ambiente oxoniense. Pensaba aprovechar para adelantar lo más posible sus lecturas y ponerse al día en las cuestiones relativas al College, esto último no fue posible ya que no había forma de introducirse en el ritmo de vida normal de la universidad en una época del año en que ésta se encontraba prácticamente desierta. Su inexperiencia se puso de manifiesto el día que abordó al rector mismo para preguntarle qué libros debía empezar a leer, éste le sugirió amablemente que hablara de libros y asignaturas con alguno de los tutores.

Aquella quietud vino muy bien para un carácter reservado como el suyo. No obstante el cambio no fue tan fácil, se sentía muy solitario y apenas si tenía con quien intercambiar alguna palabra. Los compañeros mayores que no se habían ido ya, o estaban en exámenes o se disponían para marcharse a casa; por lo que apenas si tenían tiempo para manifestar interés por el recién llegado. Ni la conversación ni los hábitos de los compañeros le resultaban familiares. Los otros apenas si se fijaban en él. No obstante, unas semanas más tarde, cuando dio inicio el curso, él estaba ya muy aclimatado y se encontraba de verdad muy augusto en aquel ambiente, en el que gozaría de mucha mayor independencia y autonomía que en la escuela de Ealing. Muy pronto llegó a enamorarse de aquella ciudad. Y, puesto que el lugar de residencia ya no representaba ningún tipo de problema era más sencillo asumir el reto de habituarse a los nuevos compañeros, casi todos mayores que él, pues había adelantado cursos hasta el punto de ser tres años menor que el promedio de los estudiantes.

Era un chico modesto y dedicado, poco amante del desorden y de llamar la atención, pero tampoco podríamos decir que fuera de un carácter tímido y antisocial, por el contrario, aunque su círculo de amistades no fuera demasiado extenso, la profundidad de

las relaciones suplía la amplitud de las mismas. Como buen inglés sabía compaginar un carácter alegre, sencillo y eminentemente práctico. Su plan era sumergirse de lleno en los estudios, pero para que ello fuera posible no podía prescindir de la actividad física al aire libre. Los juegos organizados todavía no se acostumbraban en aquella época pero, al igual que en otro tiempo, John Henry tenía el hábito de salir a pasear, de ir a nadar y a darse un chapuzón en unas albercas cercanas, así como de salir a remar por el río. También montar a caballo y tocar el violín formaban parte de los hobbies con los que procuraba moderar un poco su intensa dedicación al estudio.

En relación con su nuevo tutor lo que para otros representaba una calamidad, para él constituía un verdadero privilegio: resulta que el tutor más popular no podía recibir ya ningún alumno nuevo, puesto que se encontraba sobrepasado por la cantidad de estudiantes a su cargo, así que solo quedaba Thomas Short, al que todos consideraban demasiado estricto. Para John Henry aquello representaba una gran oportunidad. El sr. Short fue quien dio la encomienda a John William Bowden para que ofreciera una introducción al nuevo alumno respecto a las costumbres y le mostrara las instalaciones del College. Bowden, cuyo cumpleaños coincidía con el de Newman, a pesar de ser tres años mayor que él llegaría a convertirse en su amigo inseparable durante aquellos años. Ahora se disponía también a pasar las vacaciones en casa de sus padres, por lo que en aquella oportunidad apenas pudieron convivir por espacio de un par de días.

Durante estas primeras semanas, con el College prácticamente para él solo, John Henry tenía a su disposición además del criado que habría de ocuparse del aseo de su habitación, de encender la chimenea, servir el desayuno y la comida, de otra media docena de criados que se ocupaban de las tareas comunes. Con ellos a sus espaldas, atentos a cualquier indicación suya, tomaría la cena de aquellas jornadas, ésta a diferencia de las otras comidas se servía en el comedor común, al que solían asistir tanto alumnos como tutores. La abundancia y calidad de las comidas lo sorprendió gratamente, así como aquella, a su gusto, muy fina y fuerte cerveza, que se servía en unos tarros de barro un poco deformes en el comedor del College. Desde el principio Newman se encontró muy a gusto también con el carácter desenfadado y poco dado a formalismos sin sentido que se respiraba en el ambiente del Trinity. Con todo, como lo mandaban las normas de urbanidad acostumbradas en aquella época, no se permitía conversar con alguien con quien no hubiese sido antes presentado.

Así contaba todas estas experiencias en las cartas a su familia: «En la cena me entretuve con lo novedoso de las cosas que había para comer: pescado, carne y aves. Salmones hermosos, pierna de borrego, cordero, etc. –servidos en viejos platos de peltre–;



Trinity College: jardines, patio interior, comedor, bar, capilla, acceso principal, patio de los fellows.

y una para mi gusto fina, muy fina y fuerte cerveza, servida en tarros deformes de barro. Díganle a mamá que había tartas de grosella, frambuesa y de albaricoque. Y en todo esto tal abundancia que casi nadie comía el miso platillo. Tampoco se sientan según su rango, sino conforme van llegando»⁸. Y también: «El otro día tuve una cena agradable: ante mí había tantas chuletas de ternera y guisantes, para mí solo, tanto que podría oír el ruido que hacía mientras masticaba en aquel comedor vacío; hasta que una persona llegó y se sentó frente a mí; pero, como no habíamos sido presentados, él no podía hablar conmigo. Por lo tanto mantuvimos un silencio amistoso, y conversamos con nuestros dientes. Lo mejor de la cena es que ahora hay media docena de personas de la servidumbre que esperan detrás de mí y me observan»⁹.

Una vez transcurridas las semanas de rigor se fue también él de vacaciones a casa de sus padres, tal como ya habían hecho todos los demás. Volvió a Oxford en octubre, para sumergirse de lleno en la vida universitaria. Muy pronto se dio cuenta de la gran cantidad de oportunidades que se abrían ante él: «si alguien desea estudiar mucho y sobresalir rápidamente dentro de la Universidad, creo que no habrá College que lo estimule más que el Trinity. Desea ascender en la Universidad, y lo está haciendo de prisa. Antes las becas estaban abiertas solamente a los miembros del College; el año pasado por primera vez quedaron abiertas para la Universidad entera... En disciplina se ha convertido en el más estricto de todos; hay lamentos en cada rincón a causa del rigor que va en aumento; es ridículo pero encantador escuchar los gemidos de los oprimidos»¹⁰.

Sus ojos le daban muchos problemas en esa época, pero él era metódico y dedicado: «¡Pobre de mí!, por mucho que lo intente el día solo tiene 24 horas»¹¹. Apenas tenía alguna oportunidad y aprovechaba para escribir a sus padres y hermanos: «Más vale aprovechar cada minuto libre que surja; por eso te escribo ahora mientras se hace el té; pues habiendo material para una carta, ¿por qué esperar?»¹². Tenía además una fuerte personalidad. En relación con los demás solía ser abierto sin ser ingenuo. Sabía reconocer en seguida cuando intentaban tomarle el pelo. Así sucedió algunas veces al principio, sobre todo en el mes de noviembre, con algunos alumnos mayores que quisieron pasar un buen rato a expensas suyas. Algunos se burlaban porque trabajaba demasiado y según ellos «se tomaba todo demasiado en serio». Pero a él esos comentarios le tenían sin

⁸ *Letters and Diaries I*, p. 35.

⁹ *Letters and Diaries I*, p. 40.

¹⁰ *Letters and Diaries I*, pp. 47-48.

¹¹ *Cartas y diarios*, entrada del 22-X-1817.

¹² *Cartas y diarios*, entrada del 28-X-1817.



High Street, Oxford. Al fondo la torre de la parroquia universitaria de Santa María

cuidado. No era una caña movida por el viento; en su carácter se daban cita la sencillez y la determinación.

Un día le organizaron una especie de novatada, invitándole a una pequeña recepción en la que, según le dijeron, llevarían algunos instrumentos musicales y les gustaría les acompañara con su violín. Nada más haber llegado se escuchó, entre las risas sofocadas, alguna que otra carcajada que los protagonistas no fueron capaces de disimular, mientras el anfitrión anunciaba en tono sarcástico “el arribo del Señor Newman y su violín”. Él ni salió corriendo ni tampoco estuvo dispuesto a hacer el ridículo. Apenas advirtió de qué se trataba en realidad, se sentó, guardó el violín, y, ya que el plan era hacer que se embriagara, y reírse a costa suya, se limitó a beber tres vasos de vino. Los ingleses tienen hábitos muy arraigados, uno de aquel entonces consistía, cuando estaban al rededor de la mesa, en no pasar la botella de vino de un comensal al que tenía enfrente, sino girando de uno en uno en el sentido de las manecillas del reloj, habitualmente cuando giraba la botella se iban sirviendo cada uno de los que estaban en el íter, pero John Henry no estaba dispuesto a dejar que la presión del grupo le dictara el tipo de conducta que debía asumir, él era un hombre de conciencia que sabía combinar las dosis adecuadas de discreción y firmeza. Una hora después se dispuso a volver a su habitación y

no hubo poder humano alguno que le retuviera: «No se oía lo que yo decía, pero no pudieron conmigo ; estaba decidido... Me puse en pie y me fui»¹³.

Otro día estaba en su cuarto cuando irrumpe de pronto un grupo de alborotadores «que disque escondiéndose de no se quién», los cuales se meten a inspeccionar e intentan presionarle para que fuera a beber con ellos. Habiéndose negado, uno de aquellos, bastante fornido y de casi 1.90 de estatura, se aproximó hacia él y empujando su frente con la suya le dice que si no fuera tan poca cosa estaría encantado de darle una paliza. Newman, sin dejarse impresionar y al mismo tiempo sin perder el control, se limitó a pedirles que salieran de inmediato de su habitación: «Luego, vienen a invitarme a beber algo; y como digo que no, que por qué, insistiendo e insistiendo en que vaya, y preguntando con sarcasmo que si quiero obtener buenas notas en los exámenes, que estudio demasiado, que soy un exagerado... "Déjale, vámonos". Les digo que no hay derecho a semejante modo de comportarse, y que me hagan el favor de irse. Uno me dice entonces que me daría un puñetazo si no fuera yo tan poca cosa (era de más de 1.90 de alto y bastante fornido; fácilmente se le distingue cuando va con su toga por las calles de Oxford)»¹⁴.

Era tal la fuerza de voluntad que manifestaba que los que entraron pensando en propinar un buen susto al recién llegado fueron los que quedaron totalmente desconcertados y se fueron de allí un tanto avergonzados. Esto se puso de manifiesto al día siguiente cuando el grandulón aquel que amenazó con golpearlo volvió para disculparse con él y le manifestó que nunca había visto a nadie actuar de forma tan valiente como él lo había hecho: «Acaba de estar aquí el "uno" de ayer. Siente mucho su conducta de ayer, que se dejó llevar por un arrebato; y que yo había actuado muy bien, que pocas veces o ninguna había encontrado a alguien que actuara con tanta firmeza. Le dije que se olvidara de todo el asunto. Nos dimos la mano y se fue»¹⁵. Esas actitudes le fueron ganando, sin él pretenderlo, la admiración tanto de los compañeros como de sus profesores. Él parecía no darse cuenta de las muestras de aprecio que suscitaba en torno suyo, y más bien reconoce no tener ningún tipo de influencia sobre los otros: «Me alegro de que no tengan interés en conocerme, no porque quiera aparecer como alguien distinto a ellos y de mal carácter, sino porque la verdad no creo que vaya a ganar nada con su amistad»¹⁶.

¹³ *Cartas y diarios*, entrada del 7-XI-1817.

¹⁴ *Cartas y diarios*, entrada del 18-XI-1817.

¹⁵ *Cartas y diarios*, entrada del 19-XI-1817.

¹⁶ *Cartas y diarios*, entrada del 16-VI-1817.



Oxford, el edificio circular con cúpula localizado hacia la parte superior derecha es la biblioteca

En las vacaciones de navidad John Henry tuvo ocasión de visitar al Dr. Nicholas, director de la escuela en que había estudiado, para ponerle al día de las muchas novedades que la nueva etapa traía consigo. Desde el principio había avanzado demasiado rápido en los estudios, mostrando una gran habilidad en matemáticas. Las lecciones sobre los clásicos le parecían como un juego de niños. Pero el hecho de haber pasado hasta entonces tan de prisa de un curso a otro traía consigo también algunas desventajas, por ejemplo, en relación con las lenguas antiguas, que los alumnos que habían invertido más tiempo dominaban mejor que él.

Las costumbres del College eran, en algunos casos, poco edificantes. Muchachos de buenas familias, acostumbrados a la comodidades, a los que el dinero facilitaba conductas poco apropiadas. Algunos de los tutores se conformaban con que sus alumnos aprobaran los exámenes y estuvieran atentos durante las clases, dejando un amplio margen de maniobra durante su tiempo libre. El defecto del que Newman más se quejaba tanto en su diario como en las cartas de la época era la costumbre de beber. Hasta llega a decir que pareciera que solo hay un requisito para pertenecer al Trinity College: beber y beber hasta embriagarse: «El otro día un compañero me invitó a tomar un vaso de vino con otros dos o tres del college, y bebieron y bebieron todo el rato que estuve con ellos. Mientras yo estuve bebieron mucho y yo creo que pretendían seguir bebiendo. Se sentaron con el propósito jurado de emborracharse. La verdad, si alguien me pregunta qué requisitos se precisan para entrar en nuestro internado, le diría que solo uno: beber, beber, beber»¹⁷.

¹⁷ *Cartas y diarios*, entrada del 16-VI-1817.

Solían burlarse de los alumnos de otros colleges y referirse con disimulo a los límites a los que estaban sometidos en esta materia, así se entiende la pregunta que habitualmente planteaban a los del Oriel sobre si ya estaba hervida el agua, una sarcástica alusión para decir que el té era la bebida “más fuerte” a la que podían aspirar.

Lo sucedido el día de la fiesta del College, domingo de la Trinidad, fue para él un motivo de escándalo: pues primero se acercaron todos a la comunión, para luego beber hasta embriagarse. Aunque los anglicanos no conciben la presencia real de Cristo en el pan con que recuerdan la cena del Señor, a él no le cabía en la cabeza como se podía compaginar la participación en el rito con la total ausencia de espíritu religioso, que se ponía de manifiesto en todas aquellas costumbres. Su negativa a embriagarse debía entenderse como una auténtica y fuerte protesta que ponía de manifiesto una personalidad dispuesta a la rebeldía y al inconformismo, siempre que hubiera motivo para ello, pues tampoco se trataba de una actitud irracional. La fiesta tuvo lugar el último domingo de noviembre y ese día fue también la primera comunión de John Henry. El verano siguiente (año 1818) recibiría la Confirmación. Siempre conservó una foto de la capilla del Trinity en recuerdo de los sentimientos religiosos que afloraban en él durante aquellos años de estudiante.

El tutor estaba impresionado de su capacidad y resultados. Cuando el sr. Newman, padre de John Henry, vino de visita a Oxford, el Sr. Short habló con él en un tono familiar, como quien habla con un amigo a quien conoce de toda la vida, manifestándole la grata impresión que tenía sobre su joven alumno: «Oh, señor Newman, lo que nos ha dado en su hijo». El papá estaba gratamente sorprendido de las novedades. Estas alegrías compensaban un poco las dificultades y presiones a las que estaba sometido en aquellas épocas, sobre todo por el declive económico del que eran objeto las finanzas de la familia, que se deslizaba cada vez más en una especie de pendiente cuyo desenlace iba a ser la bancarrota y la muerte prematura del padre. Pero para esto todavía faltan algunos años.

Ya he mencionado un cierto espíritu de competencia entre los distintos Colleges, y las autoridades del Trinity estaban decididas a hacer todo lo que estuviera en sus manos para convertirse en un punto de referencia dentro de la universidad. Excepto en los rubros antes mencionados, los tutores habían apostado por reforzar la disciplina y la exigencia académica. Recientemente había habido una modificación en los estatutos según la cual debía abrirse también a los alumnos de nuevo ingreso la posibilidad de conseguir una beca académica. El Trinity había defendido esta posibilidad. Había llegado el momento de mostrar que era una opción sensata y razonable, y el nuevo alumno ofrecía una gran oportunidad para hacerlo y para que de pasada toda la institución académica escalara

posiciones en el ranking universitario. Ni tardos ni perezosos pusieron manos a la obra en la tarea de convencer al recién llegado de postularse, cosa que no fue difícil dada la difícil situación económica por la que atravesaba la familia. Si no obtenía la beca por lo menos ganaría experiencia en relación con el examen al que debían someterse los candidatos, lo cual representaría una ventaja para volver a intentarlo al año siguiente.

El examen tuvo lugar el lunes siguiente a la fiesta de la Trinidad. Mientras sus demás compañeros sufrían las consecuencias de la borrachera, él se presentaba a hacer el examen. En las cartas a sus padres insinuaba que probablemente les dará pronto una sorpresa, y en sus diarios se nota una cierta seguridad de que saldría vencedor en los exámenes. Tal como efectivamente sucedió días después. En ese lapso había experimentado la tortura de tener que esperar los resultados –«¿hay algo más terrible que tener que esperar», se preguntaba en su diario–, éstos fueron publicados el lunes 18 de mayo de 1818: John Henry Newman, del Trinity, obtenía por espacio de nueve años la cantidad de 60 libras. Se trataba de una cantidad nada despreciable que le iba a permitir



Calles de Oxford

cierta holgura y que representaba también una gran ayuda para sus padres. Para mirar un poco en perspectiva: se trataba de una cantidad mayor al salario que Newman recibía años después siendo párroco de la iglesia universitaria de Santa María. Apenas le habían comunicado la noticia cuando se encontró en el pasillo a otros compañeros que también se habían postulado; a la pregunta de quién había ganado, solo pudo responder que «alguien del College» y de inmediato salió de allí muy apurado. Durante las vacaciones de verano de ese año (1818) se dedicó a descansar y a leer solo por gusto.

Tiempo después confiesa haber experimentado un gran cambio en su manera de ser: no obstante que «su diaria y sincera oración –así confiaba que fuera ésta– era no tener honores en el examen si iban a suponer para él la más ligera causa de pecado», ahora se veía, sin embargo, presa de la vanidad y el orgullo: «Acabo de leer lo que escribí el 19 de mayo de 1818. Dios mío, tiemblo. ¿He podido pedir que el logro de mis oraciones – obtener la beca– no fuera ningún lazo para mí, y desfallecer al cabo de un tiempo y, después de ganarla, hacerme cada vez más frío y remiso y desagradecido? ¿He podido ser tan humilde y resignado antes, tan agradecido al lograrla, y llegar en pocas semanas a ser tan superficial, creído, orgulloso, pendenciero y egoísta? ¡Un golpe de buena fortuna de escasa importancia, me ha hecho estar ausente en mis oraciones, apagado mi vigilancia, cegado mi vista...! Señor, dame alegría y confianza en Ti, y sobre todo no me concedas de ningún modo los deseos de mi corazón, si el precio ha de ser ofenderte»¹⁸.

Seguía siendo un prolífico escritor: en octubre de 1818 junto con su amigo John William Bowden publica un romance en verso titulado «La Víspera de San Bartolomé» en que se narra la historia de dos enamorados, ella católica y él protestante, que mueren a causa de un cura católico cuya envidia e intrigas se interpusieron entre la joven pareja. Todo indica que los pasajes más sustanciosos procedían de la pluma de John Henry. En febrero del siguiente año aparecería una segunda parte de la obra. También solía escribir para el periódico escolar “The Undergraduate” –El estudiante–, pero dejó de hacerlo cuando incluyeron su nombre en uno de los artículos: estaba sumamente avergonzado y disgustado con la publicidad, al punto de optar por no continuar escribiendo para este medio. A veces dejaba entrar en escena su dimensión poética, como aquella vez que después de escuchar el sonido de las campanas se puso a escribir en su diario sobre un «anhelo por no se qué... un tipo de añoranza por algo muy querido y bien conocido por nosotros, muy tranquilizante»¹⁹.

Durante el verano de 1819 acogió la sugerencia de su tutor de participar en las conferencias sobre geología que tuvieron lugar en la universidad, se trataba de una disciplina entonces realmente novedosa, que a John Henry le resultó por demás interesante. Durante aquel periodo los ojos estaban más o menos bien, lo cual le permitía leer mucho: leyó a Crabbe, Gibón y a Thomas Scott, así como a Esquilo, cuyo estilo le agradaba mucho en contraposición del «frío, tieso y artificial de Sófocles». La lectura afianzó en él aquel realismo profundamente arraigado que le caracterizaba y le confirmó

¹⁸ *Autobiographical Writings*, pp. 158-159.

¹⁹ *Cartas y diarios*, entrada del 19-III-1819. Resuenan en estas frases aquella expresión de Agustín sobre la “conocida realidad desconocida” que encontraremos en el más allá, y también “la docta ignorancia” del sabio, de la que hablaba Pico della Mirándola.

en el gran respeto al sentido común que había asumido como norma de actuación. El otoño siguiente quedó igualmente marcado por una intensa dedicación al estudio, con jornadas de hasta 11 horas de trabajo, apenas interrumpidas por la hora diaria para salir a dar un paseo después de la comida y por la hora de la cena.



Jardines y canchas de un College en Oxford

Se había mantenido firme en sus convicciones, pero una especie de confianza en sí mismo le había llevado a radicalizarse en algunos puntos. En su diario reconoce con sorpresa la impetuosidad de la que era capaz y el carácter un tanto extremo de algunas de sus reacciones. Algo de la adrenalina que trajo consigo el éxito en la obtención de la beca seguía estando presente, y esto alimentaba sus ambiciones seculares, aunque él seguía rezando para que Dios le librara de las trampas que ello podía traer consigo. En noviembre, con la perspectiva de algún día llegar a ser un prestigioso abogado, se incorporó al Lincon's Inn, punto de reunión de los estudiantes de la universidad que buscaban introducirse en el estudio y la práctica del derecho. Si en otra época se veía a sí mismo como alguien modesto y agradecido, ahora se da cuenta de que se ha vuelto frío, negligente, ingrato, al igual que vanidoso, superficial y orgulloso.

Se acercaba ya la recta final de aquel periodo –que comprendía los estudios que hoy corresponde a la licenciatura–, y era hora de ir perfilando la preparación de los exámenes finales. A medida que éstos se van aproximando, John Henry se siente profundamente intimidado. Los nervios, el temor y una gran pesadez se apoderan de él, y la angustia aumenta conforme pasan los meses. De nuevo en 1820 tuvo que pasar él solo en Oxford las vacaciones de verano, trabajando, y, al igual que cuando era un muchacho recién llegado, pudo disponer otra vez tanto del College como de sus instalaciones, biblioteca, capilla, jardines, etc.: «Espero que el enrejado verde y el venerable tejado del Trinity me

guarden en ininterrumpida, tranquila y deliciosa dedicación al estudio»²⁰. La calma de aquellas semanas le ayudó a contrarrestar un poco las ansias y el temor que experimentaba. Se daba cuenta que el miedo al fracaso estaba relacionado con los deseos de obtener triunfos y fama. Reconoce haber codiciado de una manera desordenada el éxito académico, y a la vez consideraba que eso le impedía concentrarse en sus ratos de oración, en ésta se limitaba a veces a pedir la gracia de «no perseguir honor alguno, si es que éste había de representar una ocasión de pecado». A pesar de todo procuraba que sus oraciones, aunque a veces un poco dispersas, fueran hechas con la mayor consciencia y toda la sinceridad posible. Asumía que existía poca sintonía entre lo que pedía con los labios y lo que anhelaba en lo profundo del corazón, por ello temía estar siendo hipócrita y en el fondo presumido.

Durante aquellos meses estaba siendo sometido a una gran presión. Las expectativas que todo el mundo tenía puestas sobre él eran demasiado elevadas: para su familia representaba la oportunidad para superar la difícil situación económica que había marcado los últimos cuatro años; mientras que para el College aquello debía confirmar que había sido acertada la decisión de apostar por un alumno tan joven a la hora de concederle la beca de la universidad; también sus amigos y tutores, sin apenas ser conscientes de ello, contribuían a incrementar todavía más las expectativas que se sentía obligado a satisfacer. En el mes de septiembre de 1820, según confiesa en confidencia a su padre, se encuentra trabajando un promedio de 13 o 14 horas diarias, solo con alguna que otra distracción. Intenta adelantar lo más posible para tener más tiempo disponible una vez que otras actividades y clases reclamaran su atención: «además, si puedo, quiero no tener nada o casi nada, que hacer la semana antes de los exámenes»²¹.

Su recia constitución corporal le permitió llevar un ritmo que fácilmente hubiera resultado agotador incluso para los más fuertes. No solo trabajaba y estudiaba, sino que además sacaba tiempo para ayudar a algunos de sus compañeros, también dedicaba tiempo para tocar el violín, para salir a pasear, remar y nadar. Hubo algunos periodos en que, según dejó constancia en su diario años más tarde, solo dormía 3 o 4 horas por noche. Era delgado, alto y muy fuerte, con una enorme capacidad de reacción, rápido al caminar, pero acostumbrado a pensar las cosas bien antes de actuar. El adolescente que en 1817 gustaba de pasarse con su toga por las desiertas calles de la ciudad, era en 1820 ya todo un hombre, y sus rasgos ponían de manifiesto la madurez alcanzada: rostro delgado, pelo moreno y abundante; poseía labios anchos y un mentón enérgico; su prolongada y

²⁰ *Cartas y diarios*, entrada del 18-V-1820.

²¹ *Cartas y diarios*, entrada del 28-IX-1820.

firme nariz hacia resaltar todavía más el azul grisáceo de unos ojos que se atrincheraban detrás de las gafas.

Un cambio en el modelo de exámenes y una orientación inadecuada e inoportuna en cuanto a las lecturas que debía hacer, contribuyeron todavía más a arreciar las dificultades. Había leído tanto y, sin embargo, le parecía haber desperdiciado la mayor parte de su tiempo en libros que no venían al caso. Sentía su propia mente como una especie de laberinto. En esos momentos la conciencia de sus propios fallos y defectos representaba un motivo más de inquietud. En síntesis, era presa de una sensación generalizada de cansancio y desánimo. Ya para mediados de octubre tenía la convicción de estar ante un inminente fracaso. Pero no estaba dispuesto a dejarse vencer, estaba decidido a luchar hasta el final. Tomó la decisión de hacer un poco a un lado el estudio de los clásicos para concentrarse en la preparación del examen de matemáticas, pues veía que de aspirar a un doble premio corría el riesgo de dividir su mente hasta el punto de terminar fracasando tanto en lo uno como en lo otro.

El 25 de noviembre dio comienzo el examen, que se prolongó hasta el 1 de diciembre. Fue una semana realmente desastrosa, al término de la cual se encontraba sin esperanza alguna de obtener un buen lugar. Su mente estaba sobrepasada, había leído de más y, para colmo, lo llamaron un día antes de lo previsto, lo que terminó por derrumbarlo por completo. Después de varios días de intentos fallidos tuvo que retirarse, contentándose por asegurar solo el título de licenciatura. No recibió ningún tipo de reconocimiento o distinción en matemáticas, mientras que en obras clásicas apenas si pudo aprobar.

En su defensa hay que decir que se trataba de un muchacho de apenas 19 años –



Fuente y jardín, en el Trinity College.

tres menos que el promedio de sus compañeros–, al que los nervios y la presión le habían gastado una muy mala jugada. Le faltaba experiencia, y al no tener la orientación adecuada, había perdido mucho tiempo, dispersándose al intentar abarcar demasiado. Puesto que los tutores de su College nunca habían sido examinadores de la Universidad, esto los ponía en cierta desventaja a la hora de encaminar a sus alumnos; no hubo,

de hecho, consejos concretos que pudieran ofrecerle. La reforma del sistema de exámenes había supuesto un cambio tan radical que la mayoría de los colleges no alcanzaron a realizar las oportunas reformas para adecuar los estándares a las nuevas exigencias. John Henry no echaba para nada la culpa al Trinity, en el que todavía prevalecían los métodos antiguos, menos especializados en diversos rubros; aunque sabía que en la práctica se había encontrado prácticamente solo, con sus propios recursos y con el peso de unas expectativas desproporcionadas sobre su espalda.

En una carta él mismo describe su estado interior: «Mi fracaso ha sido muy notable. La verdad es que no me encontraba bien, estaba desanimado y no había leído los libros adecuados. Y al llegar al lugar del examen me sentí tan deprimido que no pude hacer nada. Me puse nerviosísimo, y me pasó algo que no había ocurrido nunca, y espero que no me ocurra más: perdí la memoria y la cabeza se me obnubiló completamente. Los examinadores fueron muy amables pero no pudieron hacer nada. Arrastré mi pésimo examen desde el viernes hasta el sábado y al final no tuve más remedio que retirarme. No encuentro palabras para describir la tranquilidad que sentí cuando todo acabó. Antes todo era oscuridad y miedo. Me veía con en un río lanzado hacia una catarata, directo hacia ella, sin escape posible. O como si me estuvieran operando durante días y días, y me extirparan un órgano importante; mientras tanto todos me miraban y hablaban bien de mí, pensando que mis temores eran infundados. Hay una gran diferencia entre pensar que una cosa es buena, y tener la experiencia de que de hecho lo sea. Ahora puedo decir, y doy gracias, que no solo pienso que el fracaso ha sido lo mejor para mí, sino que Dios me ha concedido experimentarlo. Hasta ahora nunca había podido decir de corazón: "No me des ni pobreza ni riqueza" (Prov. 30, 8). Creo que ahora sí lo puedo decir con toda el alma. Veo con claridad que el honor y la fama no son cosas deseables. Dios me lleva en esta vida por el mejor camino para su gloria y mi salvación. Espero tener siempre el mismo escaso aprecio y la misma indiferencia hacia el mundo, que es en este momento el sentimiento que predomina en mí –y, sin embargo, tengo miedo a reincidir»²².

Le dolía mucho considerar la decepción que habría de ocasionar a su familia y al College en cuanto se enteraran del mal resultado. Pero, para su propia sorpresa, una vez que llegó a termino la tortura de la incertidumbre, asumió el revés con una extraordinaria serenidad, al punto de haber impresionado a propios y extraños. Todo el mundo se portó con él con muchísimo tacto. No podía describir la tranquilidad de espíritu que experimentó en cuanto terminó aquel calvario, no obstante los que para él y para todos eran unos "pésimos resultados" –pésimos en proporción sobre todo a la expectativa que

²² Carta, Enero 1821.

se había generado—. Los resultados no representaron para él sorpresa alguna, sino que eran tal cual lo que en las últimas semanas había estado esperando, por más que ninguno de los otros hubiera tomado en serio sus temores. Veía el fracaso en el examen como una llamada por parte de Dios, que había permitido todo aquello para darle la oportunidad de experimentar una especie de anonadamiento, pues en materia religiosa «existe una enorme diferencia entre lo que uno sabe y lo que uno vive realmente». Había pedido aprender a ser humilde y se le había presentado aquella humillación como escuela.

Las navidades de 1820 las pasó con su familia. Deben haber sido unas semanas intensas. No todo estaba perdido. El título de licenciatura le permitía trabajar y obtener un salario. Por otro lado, disponía de los beneficios de la beca durante siete años más. En febrero de 1821 regresó a Oxford trayendo consigo a su hermano Francis. Había que desocupar la habitación del College y mudarse a una habitación alquilada. Al igual que Bowden, los hermanos Newman, encontraron lugar en una pensión cercana. Thomas Short consiguió trabajo para Newman dando clases particulares a uno de los estudiantes. El salario serían 100 libras por año, por lo que se encontraba en condiciones de hacerse cargo también de todos los gastos de su hermano, a quien además tenía que ayudar a preparar el ingreso a la universidad.

En esos meses un nuevo revés económico sacudió a la familia, que perdió las posesiones de las que todavía disponía. Terminaron viviendo en una modesta casa en un barrio popular. Newman agradecía el hecho de que eran una familia unida y que, pese a las dificultades, podía considerarse feliz. Suponía que las desgracias podían contribuir a unirlos todavía más. En este contexto comunicó su propósito de hacerse cargo de los gastos de su hermano: estudios, manutención, hospedaje, además de ahorrarse el pago de tutores particulares al asumir él mismo el encargo de prepararlo para los exámenes de ingreso a la universidad: «Desde que se decidió que Francis viniera a Oxford conmigo, he tenido intención de pedirte permiso para hacerme cargo yo de sus gastos. No dije nada entonces porque no tenía alumnos. Ahora, en cambio, esa posibilidad no es tan remota como para seguir en silencio... Ena verdad que en este momento no tengo más que un alumno, pero no cabe ninguna duda de que dentro de poco tendré más»²³.

Para este momento había madurado otra importante opción: había decidido hacerse clérigo de la Iglesia Anglicana. La certeza de que su vocación consistía en dedicarse a la Iglesia fue la respuesta a las oraciones que venía haciendo desde algunos años antes. En vista de los resultados del examen final de grado y dadas sus cada vez más acentuadas

²³ *Cartas y diarios*, entrada del 14-XI-1821.



Biblioteca Bodleiana de Oxford

inclinaciones religiosas, el papá estuvo conforme con su determinación. Todo ello se vivió en un clima no exento de preocupaciones, pues a los papás les inquietaban los que consideraban arranques y muestras de fanatismo religioso por parte de su hijo. En realidad, aquel entusiasmo jugó una función providencia, al darle la fuerza para superar y sobreponerse a la crisis, pues encontraba un hondo sentido religioso en los acontecimientos sufridos recientemente. A decir verdad, las actitudes en extremo piadosas de Newman y también de su hermano menor, dieron lugar a una que otra escena de mal gusto, que no solo causaban indignación sino que también eran ocasión de muchos sufrimientos para su ya de por sí atormentado padre. Como aquella vez en que apoyado por el hermano mayor, Francis se había negado a copiar una carta para su padre bajo el pretexto de que era domingo, día del Señor, y que no había que dedicarse a ninguna actividad "mundana". Los meses siguientes John Henry tendría muchos momentos para reflexionar y reconocer tanto sus errores como el dominio de sí que había mostrado su abnegado padre, que siempre después de algún disgusto procuraba dar el primer paso hacia la reconciliación con sus hijos. El sr. Newman tenía razón al insistir en que estuviera atento para evitar todo tipo de extravagancia, pues así como, por un lado, sus opiniones habían de cambiar y volverse con el tiempo cada vez más equilibradas, debía reconocer, por otro lado, que en aquellas posturas extremas podía haber una búsqueda de autocomplacencia y una seguridad egoísta, que nada tenían que ver con el evangelio.

Al periodo de extremo agotamiento, producido por el esfuerzo de un joven que no sabe hacer nada a medias, le sigue una espectacular restauración de energías. Todavía le iban a llegar en esos meses de 1821 nuevas y prometedoras ofertas de trabajo. Pero para sorpresa de todos decidió rechazarlas, pues había concebido la audaz idea de participar en las oposiciones para obtener un puesto en el Oriel College. Dados los resultados del examen anterior, había a quienes aquella idea les parecía una locura, pero para él esa conclusión no resultaba en manera alguna evidente. Las autoridades del Trinity, que intuían un poco lo que realmente había sucedido en el examen de Newman –la presión, los nervios, el colapso–, alimentaban cierta esperanza de que pudiera reponerse y, de paso, recuperara el buen nombre del College. Pensaban que aquella sería la ocasión para que demostrara su verdadero talante, que ellos habían sabido reconocer desde un principio y que para nada había quedado retratado en la calificación de los últimos exámenes. Era evidente que admitían su parte de responsabilidad en el desenlace que había tenido que sufrir el muchacho.

«El año pasado ha sido un sucederse de trabajo continuo desde el principio hasta el final. El Señor me ha bendecido en este tiempo tan duro, y le doy gracias». Años más tarde –en agosto de 1856, para ser preciso– recordaba cómo «a veces temblaba pensando en los

esfuerzos excesivos que estaba haciendo. Durante no se cuanto tiempo, dormí solo cuatro horas». El decano le muestra el ensayo con que un egresado había obtenido un buen puesto en la universidad, y Newman considera poder superar con facilidad la calidad de aquel escrito. En su interior se mezclan algunos sentimientos: los brotes de optimismo y confianza, por un lado, y los remordimientos, por otro. El examen de conciencia le permite caer en la cuenta de su estado interior, y se pregunta: «si la sombra de un triunfo lejano e improbable me afecta de esta manera, ¿qué será cuando llegue a volverse realidad?»²⁴

A pesar de las dificultades se puede considerar a sí mismo una persona feliz: «Bastante bien estoy ahora, sin dolor de cabeza ni de nada... No nos damos cuenta de la bendición que supone la salud hasta que sucede algo que amenaza... Ahora, no puedo sino solo pensar que el Señor me quiera para algo, pronto»²⁵; y, en el fondo, se muestra agradecido, aunque a veces a él le parezca lo contrario: «Dios me ha dado en esta vida en abundancia bienes temporales de todo tipo, aunque no todos en la misma proporción: salud y comodidad perfectas; capacidad física y mental, una dotación bastante considerable; algo más escasamente aunque en suficiente medida, algunos lujos y cosas superfluas. Todo lo ha hecho bien. Será difícil encontrar una persona que me igual en favores recibidos de Dios»²⁶.

El Oriel College era considerado la meta de todos aquellos que buscaban una exitosa carrera académica en la Universidad de Oxford. Tanto John Henry como quienes le conocían estaban convencidos que el fracaso en los exámenes de grado había sido ocasionado por la convergencia de circunstancias que no tenían nada que ver ni con su capacidad ni con su preparación. Era el Otoño de 1821 y, al igual que con ocasión de la beca obtenida tres años antes, quería por lo menos intentarlo para ganar experiencia en el campo académico. Familiares y algunos conocidos temían otro gran fracaso. Para colmo, los estudios y asignaturas cursadas el último año no tenían nada que ver con los temas que se habrían de examinar en las oposiciones en las que ya en este momento estaba obstinado en participar. Además de los estudios bíblicos, se había dedicado a la química, mineralogía, ecología y composición musical, mientras que el puesto requería sobre todo composición latina. Pero no había poder humano que le hiciera desistir de su propósito.

Por otro lado, los malos resultados del periodo de exámenes previo habían sido generalizados, casi todos los Colleges incluido Oriel se vieron afectados, pues recibieron más de alguna mala noticia. Era evidente que iban a requerir dedicar tiempo y trabajo

²⁴ *Cartas y diarios*, entrada del 15-XII-1821.

²⁵ *Cartas y diarios*, entrada del 8-IV-1822.

²⁶ *Cartas y diarios*, entrada del 24-VI-1822.

considerables para actualizar sus métodos a fin de poder asimilar la reforma. Oriel había optado entonces por valorar más la calidad y la originalidad de las propuestas, que la buena memoria y, eventualmente, las calificaciones de los estudiantes. Esto les acarrea cierta incompreensión de parte de otras instituciones tradicionales y un tanto chapadas a la antigua, en las que valoraban sobre todo la técnica y los datos que un egresado pudiera citar de memoria, buscando simplemente que se repitieran los moldes y esquemas en que se habían formado por generaciones. Tal como había sucedido al Trinity, también el Oriel había concedido algunas becas a alumnos que al final no habían obtenido resultados brillantes.

El 21 de febrero de 1822 John Henry cumplió 21 años. Llegar a la mayoría de edad le parecía una experiencia horrible, era como si un peso enorme cayera sobre él, su carácter reflexivo le inclinaba a pensar que a partir de ese momento su vida estaba completamente en sus propias manos, tenía que asumir las riendas, cosa que por supuesto ya hacía desde hacía tiempo, incluso en materia económica; el hecho es que para él ese momento representaba un paso de especial relevancia. En su diario dejó la siguiente anotación: «21 de febrero de 1822, mi cumpleaños. Hoy soy mayor de edad. Una crisis horrible. Digo "horrible" porque parece que eres dejado a ti mismo cuando hasta ahora estabas acostumbrado a depender de otros». Además tenía miedo de estarse obsesionando con el éxito en Oriel. A diferencia del año anterior ahora se sentía no solo tranquilo sino además confiado, la misma confianza que albergaba en 1818 con ocasión de la beca. Casi se podría decir que estaba seguro de que iba a tener éxito, sensación que, sin embargo, le fue abandonando conforme se acercaba la fecha del examen.

Las anotaciones que realizó en su diario durante aquellos años nos permiten asomarnos a su mundo interior, así como presenciar las batallas que tenía que librar en materia moral y espiritual. Constatamos una conciencia muy despierta respecto a sus propias deficiencias: se consideraba vanidoso por sus cualidades, tenía una impresión demasiado marcada respecto a las diferencias sociales, frecuentemente se veía presa de su mal carácter, y los malos pensamientos le acechaban muy seguido. «Por lo que a mi respecta personalmente no me preocupa excesivamente triunfar o fallar; pero sé que mis amigos en la universidad, y algunos otros, están pendientes de mí y su decepción es lo único que me duele»²⁷. Y también: «me falta mucho espíritu de oración, cariño a mi hermano, docilidad, humildad, perdonar las ofensas, ser caritativo, paciente... Tengo mal carácter, soy vanidoso, orgulloso, arrogante, me irrito enseguida...»²⁸.

²⁷ *Cartas y diarios*, entrada del 12-XI-1820.

²⁸ *Cartas y diarios*, entrada del 4-VIII-1821.



Busto de Newman que se encuentra en el Trinity College

En lo que se refiere a su mal genio su hermano menor tenía mucho que ver: «Me da vergüenza decirlo pero he estado de muy mal humor con Francis. Creo que voy mejorando bastante, pero de vez en cuando tengo una mala salida y eso pone una nube entre Dios y yo»²⁹, y es que, como ya hemos dicho, el mayor de los Newman había asumido la encomienda de prepararlo para la universidad y hacerse cargo de él en todo sentido; aunque al parecer John Henry sabía disimular bien su molestia, pues su hermano llegó a confesar años más tarde que no tenía idea a qué se refería y que no recordaba ni malos tratos ni arranques de ira. Newman tenía sobre Francis una opinión muy equilibrada, sabía reconocer las cualidades que adornaban su personalidad y estaba convencido de que de no continuar en la universidad sería un desperdicio de talento.

En relación con los malos pensamientos llegó a confesar que tenían lugar con más frecuencia durante las vacaciones en casa de sus padres. El pensaba que quien aspira a vivir con autenticidad la fe cristiana está sometido a las mismas luchas que todos los demás, y a propósito nos regaló esta hermosa reflexión: «El santo tiene exactamente las mismas tentaciones que los demás, quizá incluso más violentas...». Años más tarde, en una oración se refiere a Dios como «el amante del verdadero amor». Todo indica que con la

²⁹ *Cartas y diarios*, entrada del 30-III-1822.

ayuda de Dios fue capaz de vencer las tentaciones y también que nunca fue presa de una obsesión por a los pecados contra la pureza. Siempre consideró, por el contrario, el orgullo y la vanidad como vicios que ponían en peligro todavía más su vida cristiana. El mismo equilibrio mantendría después a la hora de orientar a los demás.

Todavía nos podemos encontrar otros muchos pasajes en sus escritos en los que hace referencia a sus luchas y tentaciones, esas "confesiones" son auténticos gritos de auxilio a través de los cuales pide ayuda al Señor. El conocimiento de sí mismo se vuelve oración y así sintoniza interiormente con aquellas peticiones que hacía también san Agustín: «Señor, que te conozca y que me conozca», «da lo que mandas y entonces pide lo que quieras»³⁰. Newman escribe, por ejemplo: «¿Cómo se mueven en mi corazón las malas pasiones de la vanagloria y la ambición! Después de mi fracaso en noviembre pasado pensé que nunca más volverían a aparecer, porque estaba tan resignado y conforme con la voluntad de Dios que parecía como si los honores de este mundo no tuvieran sobre mí el menor encanto con que tentarme. Y, ¡ay!, que ha bastado la sola indicación de que me presente como candidato para ese puesto [en Oriel] para que las barreras se derrumben arrastradas por la fuerza de la pasión. Sin tu ayuda, Señor, ¿cómo va a terminar todo esto?»³¹. Y también: «durante una semana, más o menos, he estado libre del mal humor; pero al final ha vuelto y ahora estoy casi, casi tan mal como antes».

«¿Qué ganas tengo de obtener honores! –reconoce el muchacho de 21 años–. Sobran motivos para pensar que no tendré éxito y veo que no sería bueno para mí; pero el corazón se me rebela y hierve con vanidosas anticipaciones de mi futuro triunfo. No es probable, porque no estoy al nivel del puesto ni en conocimientos ni actitudes...». Su experiencia de aquellos años nos proporciona aliento también cuando nos encontramos dispersos y nos cuesta concentrarnos en la oración: «Así va mi cabeza en la oración, vagando. Solía tener miedo a romper con el mundo, pero ahora no lo siento tanto. ¿Si supieran que tengo las opiniones que tengo! ¿Qué presión tan insoportable tengo ahora mismo!»³²

«Cuán retratados nos podemos ver también en estas otras líneas –¡y ojalá que nos identificásemos también en sus buenos propósitos!–: «Tengo unos pensamientos tan llenos de vanidad, soy tan engreído y me estoy volviendo tan pagado de mí mismo que me he propuesto, con la ayuda de Dios, no consentir pensamientos sobre ninguna

³⁰ Cf. *Confesiones*, X, 29, 40, p. 346.

³¹ *Cartas y diarios*, entrada del 15-XI-1821.

³² *Cartas y diarios*, entrada del 14-XII-1821.

cualidad buena que me parezca tener»³³. Todavía tiene tiempo para recordar con gratitud los amigos de los que Dios le ha rodeado: «¿Qué bueno es Dios dándome amigos que me quieren tanto! ¿Y qué malo soy yo rezando tan poco por ellos!»³⁴. Sabe que su futuro lo conoce solo Dios, y quiere abandonarse totalmente en las manos de aquel que fue capaz de extenderlas en la cruz por amor a él; por otra parte «lo cierto es que en este momento no tiene ni medios ni proyectos. El Señor proveerá»³⁵. Por ahora se limita a procurar respetar la jerarquía de las prioridades por las que debe luchar: «sobre todo quiero conseguir una fe firme, que ahora noto que me faltan. Las nubes de la duda cruzan por mi cabeza; aunque tengo lo que Dios quiera que dure siempre: “esperanza”. También me hace falta un amor fervoroso hacia Cristo»³⁶. Todo lo demás está en manos de Dios, y John Henry ha aprendido, que sus manos son buenas...



Puente de los suspiros, Oxford.

³³ *Cartas y diarios*, entrada del 14-XII-1821.

³⁴ *Cartas y diarios*, entrada del 28-I-1822.

³⁵ *Cartas y diarios*, entrada del 30-III-1822.

³⁶ *Cartas y diarios*, entrada del 4-VIII-1821.

Newman y la educación

«NADIE DEBERÍA PERMANECER ADOLESCENTE TODA SU VIDA»

1. La pregunta fundamental

En un pizarrón de un centro escolar con grandes letras de colores llamativos estaba escrita la frase: "Cristo es la respuesta". Pero, ¿cuál es la pregunta? A ella se refirió el entonces Cardenal Ratzinger en una conferencia a catequistas y profesores de religión. Comentó lo siguiente: «la vida humana no se realiza por sí misma, nuestra vida es una cuestión abierta, un proyecto incompleto que es preciso seguir realizando. La pregunta fundamental de todo hombre es cómo vivir, cómo se lleva a cabo este proyecto de realización del hombre, cómo se aprende el arte de vivir, cuál es el camino que me conduce a la felicidad"¹. Es importante comprender la magnitud de esta pregunta, pues de lo contrario la respuesta podría parecernos insignificante.

Evangelizar –que es otra palabra para referirnos a todo lo que hacemos los cristianos para contribuir al pleno desarrollo de todos los hombres y mujeres, a su progresiva transformación en Cristo²– quiere decir mostrar ese camino, enseñar el arte de vivir. Jesús que se presentó a sí mismo como «camino, verdad y vida»³, dijo que había venido para evangelizar a los pobres⁴. Eso significa que Él tiene la respuesta a nuestra pregunta fundamental, más aún, que Él es la respuesta, ya que nos muestra el camino de la vida, el que nos conduce a la felicidad, porque Él mismo –la identificación con Él– es ese camino.

Cuando todo esto se ignora se extiende la más peligrosa de las pobreza: la incapacidad de alegría, el tedio de una vida que se considera absurda y contradictoria. Una pobreza que se encuentra hoy muy difundida tanto en las sociedades ricas como en las poblaciones pobres, con manifestaciones muy diversas. La incapacidad de alegría supone y produce la incapacidad de amar, de donde se derivan la envidia, la avaricia, y todos los vicios que destruyen la vida de las personas y de la sociedad. Por eso es necesario un renovado esfuerzo orientado a la formación cristiana de las personas, porque si se desconoce el arte de vivir todo lo demás ya no funciona.

¹ Joseph Ratzinger, *La nueva evangelización*, Conferencia, Roma, 10-XII-2000.

² En la carta a los Gálatas expresa San Pablo la meta de sus esfuerzos apostólicos cuando dice estar dispuesto a soportar toda clase de sufrimientos «hasta que Cristo tome forma en ustedes» (Ga. 4, 19).

³ Cf. Jn. 14, 16.

⁴ Cf. Lc. 4, 18.

Por eso decía san Juan Pablo II que “la verdad que debemos al hombre es, ante todo, una verdad sobre él mismo... quizás una de las más vistosas debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismo y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de los valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes”⁵. No solo la humanidad en su conjunto sufre de esa especie de ceguera que nos incapacita para reconocer la verdad en los asuntos fundamentales, sino que también cada uno puede ser presa de tal desorientación y terminar perdiendo el norte de la vida.

2. Una creación del cristianismo en contra de lo cristiano

En aquella época «yo había llegado a ser para mí mismo un gran interrogante», escribió san Agustín refiriéndose a los años convulsos de su juventud⁶. Los cristianos tenemos una profundísima certeza: en Jesús, Dios nos ha dado el punto de referencia que necesitamos para vivir como hombres y mujeres: «He ahí al hombre» (Jn. 19, 5), ya



Escritorio del Cardenal Newman, en el Oratorio de Birmingham, sobre él dos estampas y un libro de visitas.

⁵ Juan Pablo II, *Discurso a los obispos del Celam*, Puebla, 04-II-1979.

⁶ *Confesiones*, IV, 4, 9

tenemos a quien imitar, entre más nos parezcamos a él más nos realizaremos. "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación..."⁷

Ahora bien, no podemos ignorar que en nuestro tiempo nos toca ser testigos, por otra parte, de un sistemático cuestionamiento de los principios y convicciones cristianas, hasta el punto de haberse generalizado la impresión de que en la época de la tolerancia lo único que no se puede tolerar es la propuesta cristiana. «A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse "llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina", parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos»⁸.

Quizá no se trate de una situación del todo nueva, por más que los modernos medios de información se hayan convertido en una plataforma capaz de maximizar puntos de vista coyunturales hasta convertirlos en una especie de absolutos morales. Ya en tiempos de san John Henry Newman ocurría, salvadas las distancias, un fenómeno similar; y similares son también las estrategias para imponer las condiciones respecto a lo que se puede o no considerar "objetivo". De hecho, en el discurso de agradecimiento que pronuncio después de recibir el capelo cardenalicio, Newman se refirió a la batalla de toda su vida como una lucha contra el liberalismo en materia de religión, lo hizo en estos términos: «en mi larga vida he cometido equivocaciones. No puedo mostrar esa alta perfección que pertenece a los escritos de los santos, exentos de todo error; pero creo sin embargo que en todo lo que he publicado ha existido intención recta, ausencia de fines personales, actitud obediente, buena disposición para ser corregido, odio al error, afán de servir a la Iglesia Santa y, por divina bondad, una razonable medida de éxito. Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran mal. Por espacio de 30, 40, 50 años he resistido con mis mejores energías el espíritu del liberalismo en religión»⁹.

¿Qué significaba ese «gran mal» al que se refería el cardenal recién nombrado? Él pensaba que nunca como en su tiempo «había necesitado tan urgentemente la Santa

⁷ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 22.

⁸ Ratzinger, J., *Homilía de la misa por la elección del Papa*, 18-IV-2005.

⁹ Biglietto Speech, *Discurso*, Roma, 12-V-1879.

Iglesia de campeones contra esa plaga que cubre la tierra entera»¹⁰. El liberalismo en materia de religión es la doctrina según la cual no existe una verdad objetiva en el ámbito religioso, sino que una postura determinada es tan buena como cualquier otra. A juicio de san John Henry se trataba entonces «de una opinión que gana terreno y fuerza día tras día», pero que «se manifiesta incompatible con el reconocimiento de una religión que pueda pretender presentarse sencillamente como verdadera», reduciéndolas a todas al ámbito de la opinión, de aquello en lo que no podemos estar seguros ni pretender tener la razón. Que puede ser tolerado si se quiere y reconocido como una convicción personal, subjetiva, que no tiene por que pretender carta de ciudadanía en la esfera pública.

La actualidad de su advertencia se constata apenas nos adentramos un poco en las consecuencias que todo ello acarrea: «La religión revelada –se afirma– no es una verdad sino un sentimiento o inclinación; no obedece a un hecho objetivo o milagroso. Todo individuo, por lo tanto, tiene derecho a interpretarla a su gusto. La devoción no se basa necesariamente en la fe. Una persona puede ir a iglesias protestantes y a iglesias católicas, obtener provecho de ambas y no pertenecer a ninguna. Se puede fraternizar en ideas y sentimientos espirituales, sin aceptar una doctrina común ni reconocer en absoluto la necesidad de mantenerla. Puesto que la religión es una característica tan personal y un bien exclusivamente privado –se añade–, debemos ignorarla del todo en las relaciones con otros hombres. ¿Qué me importa si un hombre adopta diariamente una nueva religión? Resultaría tan impertinente intentar influir en su religión como si se quisiera interferir en la administración de su casa. Lo religioso no es en modo alguno un vínculo de la sociedad»¹¹.

Newman reconoce un hecho ya entonces evidente: «Actualmente ocurre en muchos lugares que aquella estructura social, creación del Cristianismo, está expulsando a lo cristiano»¹². Admite la posibilidad de que nuestra sociedad pierda la memoria respecto a sus raíces, con todas las consecuencias que ello acarrea. San John Henry había escrito mucho también respecto a los métodos que se suelen utilizar para manipular el pensamiento de las personas –los prejuicios y un sentimentalismo desprovisto de verdad –. Pienso por ejemplo en las Conferencias sobre la posición actual de los católicos en Inglaterra¹³, escrito en 1851 en respuesta a un estallido de agitación anticatólica que se había despertado después de que el Papa Pío IX diera a conocer a la opinión pública su intención de restaurar la jerarquía católica en Inglaterra.

¹⁰ Íb.

¹¹ Íb.

¹² Íb.

¹³ *Lectures on the Present Position of Catholics in England*, Longmans, Green, and Co., London, 1908.



Biblioteca personal de san John Henry, algunos volúmenes de sus propias obras completas.

En dicha obra, Newman presta mucha atención a la gran cantidad de estereotipos absurdos que dominan el pensamiento de la mayoría de los ingleses respecto a los católicos. Haciendo uso de su extraordinaria capacidad como polemista logra poner en ridículo ese generalizado prejuicio anticatólico. En esa obra procede a aconsejar a sus hermanos católicos cómo deben enfrentar ese ambiente hostil hacia ellos. Para sorpresa nuestra no recomienda una actitud belicosa orientada a mostrar la falsedad de las mentiras, medias verdades, interpretaciones y exageraciones que circulaban en el ambiente. Da un consejo muy diferente: nos invita en primer lugar a percatarnos de la diferencia entre "la opinión generalizada" y "la opinión particular" de las personas con las que entramos en contacto. Nos advierte que no deberíamos pretender dar un golpe de timón a la primera: «No sueñen en convertir la opinión pública de Londres; ni pueden hacerlo, ni lo necesitan»¹⁴. Según él no hay forma de poder causar «una impresión concreta en tal océano de individualidades»¹⁵, pues no hay una relación real a gran escala entre todas las partes, sino más bien generalizaciones y manipulación por parte de algunos.

En cambio, nos invita a preocuparnos más bien de la influencia que podemos tener en las personas que nos rodean, pues «el gran instrumento de propagación de la verdad moral es el conocimiento personal», pues «un hombre se encuentra a sí mismo en cierto

¹⁴ Íb., p. 380.

¹⁵ Íb.

lugar; crece en él y hacia él; trata a las personas que están a su alrededor; estas le conocen, él las conoce; por tanto, ya que las ideas nacen donde se vive, esa labor empieza donde van a permanecer. Es este conocimiento personal de cada uno el que forma la verdadera opinión pública»¹⁶, solo podemos vencer los prejuicios a condición de «ofrecer un conocimiento personal de nosotros, mediante la manera de estar ante nuestros críticos, cara a cara»¹⁷. Newman anhelaba el día en que se pudieran derribar todos aquellos malos entendidos, y sabía que el único modo de hacerlo era el testimonio y la influencia personal.

3. Algunos consejos no del todo novedosos pero sí muy importantes

Para que todo ello se realice, san John Henry nos ofrece algunos consejos prácticos. En 1848 escribió la novela *Pérdida y ganancia*, la historia de un converso¹⁸. Apenas habían transcurrido tres años de su conversión al catolicismo. Pretendía mostrar el proceso que le había conducido hacia la Iglesia católica y, de paso, responder a las acusaciones y a las muchas fábulas que se propagaban sobre el destino de aquel grupo de conversos que había vivido en torno a Newman y que le habían precedido, acompañado o seguido a la comunión con la Iglesia de Roma. En una página reveladora nos informa de algunas disposiciones iniciales que son condición sin la cual no hay forma alguna de vivir con autenticidad: “Al cabo de un año Charles había llegado a unas cuantas conclusiones, no muy novedosas pero sí importantes. Primera: hay un montón de opiniones distintas sobre los asuntos más trascendentales de la vida. Segunda: no todas son igualmente verdaderas. Tercera: es un deber moral tener opiniones verdaderas. Cuarta: es extraordinariamente difícil hacerse con esta opiniones verdaderas”¹⁹.

Newman no ignora las dificultades a las que hoy somos especialmente sensibles a la hora de hablar de verdades objetivas y pretensiones de validez universal, pero tampoco el drama al que está sometida una actitud relativista, pues un escepticismo consecuente no solo se destruye a sí mismo, sino que además constituye una verdadera ofensa en contra del ser humano y su capacidad para encontrar una orientación adecuada respecto a los asuntos decisivos de la vida. Como se puede ver, al mismo tiempo que nos anima a adoptar una postura responsable, una actitud de honradez, estimula el espíritu crítico. San

¹⁶ *Ib.*, p. 380-381.

¹⁷ *Ib.*, 380.

¹⁸ *Loss and Gain. The history of a Convert*; Longmans, Green, and Co., London, 1906. Las citas las hemos tomado de la versión castellana de Encuentro, Madrid, 2009. La novela nos ofrece la narración de la conversión de Charles Reding, a través de la cual Newman explica tanto el fenómeno de la conversión como los fundamentos del mismo.

¹⁹ *Perder y ganar*, p. 92

John Henry no pretendía que las personas fueran volubles, ingenuas y manipulables, sino todo lo contrario.

La manipulación de las mentes, de la que el relativismo es condición de posibilidad, constituye en efecto uno de los grandes males del mundo contemporáneo. El así llamado pensamiento débil es el requisito para que las personas se vuelvan consumistas e inestables. Por eso al mundo le molesta tanto que los cristianos aspiremos a la madurez de Cristo, o en palabras de san Pablo «a la medida de la plenitud de Cristo» (Ef. 4, 13), porque dicha medida representa enormes pérdidas económicas para los que ostentan los medios con que se manipula y dirige la opinión de las masas. Siguiendo formalmente al Apóstol de los gentiles, san John Henry nos invita a aspirar a ser adultos en la fe: «nadie debería permanecer un adolescente toda su vida»²⁰, nos dice.

¿En qué consiste ser inmaduros y menores de edad en lo que respecta a nuestras convicciones y actitudes? San Pablo responde que significa ser «llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina...» (Ef 4, 14). «Una descripción muy actual!» en palabras de Joseph Ratzinger: «¿Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¿Cuántas corrientes ideológicas!, ¿Cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (cf. Ef 4, 14)»²¹.

San John Henry sabía que aprender a pensar y pensar bien constituye el primer requisito de la madurez humana, sin la cual nadie está capacitado para hacerse cargo de sí mismo, y es que “no podemos tomar como si viniera del Evangelio todo lo que oímos, ni asumir como válida cualquier propuesta”²². Debemos añadir un matiz, ciertamente muy conocido, respecto al cual Newman se pronuncia continuamente: contrariamente a lo que pudiera parecer, para él no se trata de un conocimiento que se queda en el plano de las ideas, él no se conforma con brillantes nociones generales, sino que, por el contrario, como buen inglés presumía del carácter eminentemente práctico de sus escritos y propuestas. Buscaba que la inteligencia no se contentara con la contemplación de la

²⁰ Newman, J., *Discursos sobre la naturaleza y el fin de la educación universitaria*, Eunsá, Pamplona, 2011, p. 33

²¹ Ratzinger, *Homilía*, cit.

²² *Perder y ganar*, p. 98.

verdad, sino que impulsara la voluntad y estimulara los sentimientos para ponerse en camino tras la verdad encontrada.

No puede ni debe haber separación entre lo que pensamos y lo que vivimos. El objetivo de la formación es lograr esa coherencia de pensamiento y acción. El requisito es pararse a pensar y luego saberse meter consigo mismo, poner en tela de juicio el propio modo de vivir: «Ningún hombre inteligente se permite juzgar las cosas a la ligera. Más bien, por una especie de respeto hacia sí mismo se obliga a tomar una u otra regla... En este mundo no hay otra fuerza que el compromiso con la razón, ni otra libertad que sentirse cautivos de la verdad... No era él [Charles Reding] persona capaz de dejar que una verdad se quedara durmiendo en su cerebro... las ideas nuevas no se echaban perder en su mente... esa corriente de pensamientos estaba siempre en acción y su rumor se dejaba oír en cuanto se apagaban los demás ruidos del día a día...»²³.

Del contexto de la obra de Newman se pueden desprender, aunque sea todavía a manera de conclusión preliminar, tres exigencias fundamentales: Despertar y formar la conciencia, fortalecer la voluntad para obedecerla; dar importancia a las cosas de los demás, pues si no somos capaces de darnos cuenta de los otros y de nuestro deber de vivir para ellos, es que todavía no hemos madurado lo suficiente. En efecto, la adolescencia es la edad en la que uno vive como delante de un espejo. Se supera la adolescencia cuando uno se da cuenta de los demás y actúa en consecuencia. En ese sentido, Newman llegó a decir que lo que seamos hacia nuestros familiares y amigos más cercanos, eso seremos también hacia Dios y hacia la humanidad en su conjunto, ya que nadie puede amar a todos si primero no ama a los que tiene cerca²⁴. Como se puede constatar fácilmente, san John Henry nos pone atentos sobre el peligro permanente de que alguien se vuelva, como nosotros decimos, candil de la calle y oscuridad de su casa.

3. Nuestra vida, un reflejo de nuestra mente.

La reflexión y la disciplina mental, cuando son reales se manifiestan en la vida de las personas. El hecho mismo de tener una sólida estructura mental no puede ser sino fruto del esfuerzo y de la constancia: «Cuando alguien se acerca por primera vez al mundo de la política o de la religión, se enfrenta a todo aquello como un ciego que de pronto recibiera la vista y se pusiera ante un paisaje. Tan lejana le parecería una cosa como la otra: no hay

²³ Íb., pp. 50, 49, 65, 92, 93.

²⁴ Cf. *El amor a parientes y amigos*, en: *Parochial and Plain Sermons* 2, s. 5, Longmans, Green, and Co., London, 1908, pp. 51–60 [n. 326, 27 de diciembre de 1831. En la fiesta de san Juan, evangelista]. Ofrecemos una traducción de este sermón en la sección “Maestro del espíritu” de este mismo cuaderno (p. 65, ss).

perspectiva. La conexión de un hecho con otro, de una verdad con otra, el influjo de los hechos sobre las verdades y de la verdad sobre los hechos, quién precede a quién, qué puntos son primordiales y cuáles son secundarios...». Las personas superficiales –es decir, las que no han hecho un esfuerzo consciente por formar sus criterios–: «ni siquiera son conscientes de su propia ignorancia»²⁵.

La ignorancia y la superficialidad suelen ser atrevidas, como pone de relieve san John Henry: «Es más, para ellos el mundo de hoy no tiene contacto alguno con el mundo de ayer; el tiempo no es una especie de corriente, sino que les aparece rotundo y estático como la luna... Nada crea hueco en sus mentes: no sitúan nada, no tienen sistema. Oyen y olvidan; como mucho, recuerdan haber oído algo pero no saben dónde. Y tampoco tienen solidez en su modo de razonar, y hoy discurren así y mañana de otra forma que tampoco es exactamente la contraria, sino al azar. Su línea de pensamiento se extravía, nada apunta a un fin determinado ni tiene un punto de partida sobre el que se asiente un juicio sobre los hombres y las cosas. Muchos hombres andan así durante toda su vida y llegan a ser unos eclesiásticos o políticos que dan pena. Y suerte si caen en buenas manos y se dejan guiar por ellas... Pero si no es ese el caso van a la deriva... como Radicales o conservadores sin ser radicales ni conservadores... Todo según los coja o según les lleven las circunstancias... en aguas poco profundas siempre se ve claro»²⁶.

Por eso es tan importante la formación, en las tres aristas que hemos señalado: la formación de la mente, la formación de la voluntad y la sensibilidad hacia los demás. Que se puede traducir en otras palabras como una formación de los criterios, una educación en la coherencia, y la adquisición de una firme disposición de vivir con y para los demás. En todas estas cuestiones profundiza también en el libro *La idea de una universidad*: "Los jóvenes exceden al crecer su figura y su fuerza. Hay que conjuntar los miembros, y dar a su constitución física el equilibrio que necesita. Confundiendo el impulso animal con el vigor, confiados excesivamente en su salud, e ignorantes de lo que pueden resistir y de cómo deben manejarse, los jóvenes tienden a ser inmoderados y extravagantes, y a caer en agudos malestares. Todo esto es una imagen de sus mentes. Carecen inicialmente de principios sobre cuya base construir su intelecto, de convicciones que les ayuden a juzgar, y de capacidad para captar las consecuencias de ideas y de acciones. Hablan, por tanto, a tontas y a locas, cuando hablan mucho, y no pueden evitar ser ligeros, o, como se dice,

²⁵ *Perder y ganar*, pp. 48-50.

²⁶ *Íb.*, pp. 48-50, 94.

'jóvenes'. Son meramente deslumbrados por los fenómenos y las apariencias, en vez de percibir las cosas tal como son»²⁷.

Al mencionar todo esto, Newman insiste mucho en la necesidad de coherencia y dominio de sí. Busca potenciar en los suyos esa actitud modesta y moderada propia de la persona que busca conscientemente pasar desapercibida, o por lo menos, evitar actitudes extravagantes. Ese gusto por llamar la atención y por estar en el centro, lo ve Newman como manifestación de una personalidad poco virtuosa, cuando no incluso como manifestación no solo de inmadurez sino hasta de una cierta patología: «Bueno sería que nadie permaneciera un adolescente toda su vida y, sin embargo, nada hay más común que el espectáculo de hombres crecidos, que hablan de asuntos políticos, morales y religiosos, y lo hacen de ese modo improvisado y necio que llamamos irreal. 'Sencillamente no saben de qué hablan' suele ser la observación silenciosa de cualquier persona sensata que les escucha. Esos hombres no tienen dificultad alguna en contradecirse a sí mismos en frases sucesivas, sin ser conscientes de ello. De ahí que otros, cuyos defectos de educación intelectual son menos patentes, exhiban desafortunadas manías que les privan de la influencia que sus buenas cualidades deberían procurarles. De ahí también que otros nunca vean claramente lo que tienen delante, jamás adviertan el punto decisivo, y crean no tener dificultades en los temas más delicados. Otros se muestran tercamente obstinados y llenos de prejuicios, y después de que sus opiniones se han visto rebatidas, vuelven a ellas como si nada hubiera ocurrido, y sin dar explicación alguna. Otros son tan intemperantes e intratables, que no existe mayor calamidad para una buena causa como el hecho de que ellos la defiendan»²⁸.

Ya hemos dicho que uno deja de ser adolescente cuando deja de vivir delante del espejo, cuando se da cuenta que más allá de su nariz existe un mundo y ese mundo se convierte en un dato real que espera ser comprendido. La apertura a la realidad, más aún, dejar que la realidad se exprese y escucharla, sin que entre nuestra mirada y las cosas se interpongan el sí o el no de nuestra voluntad o nuestras emociones, es la condición fundamental de todo comportamiento virtuoso: "Aquí buscamos la fuerza, la solidez, el estilo abarcante y la versatilidad del intelecto, el dominio sobre nuestras potencias anímicas, la justa estimación instintiva de las cosas que desfilan ante nosotros, que a veces es un don natural, pero que generalmente no se logra sin esfuerzo y el ejercicio de

²⁷ Newman, J., *Discursos sobre la naturaleza y el fin de la educación universitaria*, cit. 33 — 34.

²⁸ *Íb.*

años...»²⁹. Esta es, como queda dicho, una tarea que requiere no solo esfuerzo, sino también superar la prueba del tiempo.

Ahora bien, «todo árbol se conoce por sus frutos», como dice el Evangelio (Mt. 12, 33), por eso «cuando el intelecto ha sido debidamente entrenado y formado para lograr una visión coherente de las cosas, desplegará sus energías con mayor o menor eficacia, según su capacidad en el individuo. En el caso de la mayoría de los hombres se suele manifestar en el buen sentido, la sobriedad de pensamiento, el tono razonable, la sencillez, el autodomínio y la firmeza de concepciones que lo caracterizan. En otras palabras habrá desarrollado hábitos de diligencia, capacidad de influir, y sagacidad. En otros producirá un talento para la especulación, y llevará su mente a sobresalir en algún determinado terreno intelectual. En todos será un don para entrar con relativa facilidad en cualquier tema de pensamiento y abordar con éxito cualquier ciencia o profesión»³⁰.

Quizá haciendo referencia a su propio proceso de desarrollo intelectual, san John Henry afirma que lo importante es desarrollar el hábito de reflexionar, de considerar las cosas atentamente y saberlo acompañar con la honradez y la coherencia. Y que esto es mejor aunque el punto de partida sea, por decirlo así, muy lejano respecto a la verdad: «será y hará esto en alguna medida, aun cuando la formación mental se realice según un modelo solo parcialmente verdadero; porque, en lo que a eficacia se refiere, incluso falsas visiones sobre las cosas poseen más influencia e inspiran más respeto que ninguna visión en absoluto. Los hombres que creen ver lo que no existe, son más activos y se hacen un camino mejor que quienes no ven nada, y de ese modo el incrédulo, el fanático, el heresiarca llegan a realizar muchas cosas, mientras que el simple cristiano por herencia, que nunca ha llegado a percibir realmente las verdades que cree, es incapaz de hacer nada. Pero si la coherencia de una visión determinada de las cosas puede conferir tanta fuerza incluso al error, qué no podrá proporcionar la dignidad, la energía y el influjo de la Verdad!»³¹

5. Discernimiento y madurez humana

Jesús es la respuesta, y sin Él la vida se convierte en un enigma sin solución. En su seguimiento aprendemos lo que significa la realización personal: desarrollar la capacidad de entregar la propia vida por amor. El Concilio Vaticano II enseña que la madurez humana tiene tres manifestaciones que la hacen al mismo tiempo evidente y atrayente: primera, la

²⁹ *Íb.*

³⁰ *Íb.*

³¹ *Íb.*

estabilidad psicológica; segunda, la capacidad de tomar decisiones ponderadas; y, tercera, el modo recto de enjuiciar los acontecimientos y las personas³². Todo esto es confirmación de lo que una vez dijo el cura de Ars: «qué felices han de ser los santos, y también los que viven a su lado». En efecto, sin esas muestras de madurez una persona, en lugar de poder ser considerada un don para los otros, se convierte en una amenaza, y la convivencia permanente con ella en un infierno, y lo llega a ser incluso para sí misma.

Podemos concretar lo que hasta aquí hemos dicho en una invitación al discernimiento y a la vigilancia, que son el único antídoto en contra de una personalidad excéntrica y egoísta. Escuchemos al Papa Francisco: «Una cosa sobre San Ignacio, esto es importante: cuando uno estaba cansado, enfermo, decía a San Ignacio: "Yo no puedo hacer la oración", y él dispensaba de la oración. Pero nunca dispensaba del examen de conciencia: dos veces al día mirar lo que ha sucedido... No es una cuestión de pecados o no pecados, no: "¿Qué espíritu me ha movido hoy?" Nuestra vocación decía: buscar lo que ha ocurrido hoy. Si yo –esto es una hipótesis– veo que el Señor me dice algo, una inspiración de eso o de lo otro, tengo que discernir para ver qué me pide el Señor. Y puede ser que el Señor quiera mandarme al rincón, es cosa suya, Él es quien manda. Esta creo que es la forma religiosa de vivir de un jesuita: estar en discernimiento espiritual para tomar decisiones, elegir un camino de trabajo, de compromiso también. El discernimiento es la clave en la vocación del jesuita. Esto es importante. San Ignacio fue muy firme en esto porque fue su propia experiencia de discernimiento espiritual la que le llevó a la conversión. Y los ejercicios espirituales son realmente una escuela de discernimiento. Así que el jesuita debe ser por vocación un hombre de discernimiento, discernir las situaciones, discernir la propia conciencia, discernir las decisiones que hay que tomar. Por eso debe estar abierto a todo lo que el Señor le pida. Esto es un poco de nuestra espiritualidad»³³. ¿Será que esto es válido solo para el "jesuita", o tendrá algo que ver también con nosotros?



Las gafas del Cardenal Newman, sobre su escritorio.

³² Concilio Vaticano II, *Optatam Totius*, n. 11.

³³ Francisco, *Conferencia de prensa durante el vuelo hacia Roma*, 29-VII-2022, respuesta a la 4a. pregunta.

TRANSIGIR Y ORIENTAR

Interrogado sobre la oportunidad de realizar ciertos cambios en la enseñanza moral de la Iglesia, el Papa Francisco aprovechó la pregunta de una periodista de la Religion News Service para exponer un principio fundamental que tiene mucho que decir a todos los educadores y, en términos generales a todos los que, sobre todo en la Iglesia, están llamados a prestar un servicio en la orientación de sus hermanos: papás, profesores, sacerdotes, catequistas, directores espirituales, etc.

Resulta más que evidente el hecho de que los procesos de crecimiento personal necesitan puntos de referencia y que en ellos no se puede prescindir de quienes están llamados a ejercer el servicio de la autoridad. ¿Pero cuáles son los criterios que deben orientar al que ha sido llamado a hacerse cargo de realizar dicha función –y todos, ciertamente, lo estaremos en algún momento–? En las palabras del Papa a las que nos estamos refiriendo hemos podido descubrir uno de los criterios que también san John Henry consideraba fundamental. Ya hemos dicho en otras ocasiones que la verdadera educación tiende a enseñar a las personas a hacer un uso responsable de su libertad y que, en línea con ello, el formador se va volviendo cada vez más innecesario, dentro de los justos límites. Pues bien, podríamos expresar así el punto de vista en que convergen las palabras del Papa y el pensamiento de san John Henry: sin dejar nunca de acompañar, el formador debe dar espacio a la libertad, para luego hacer pensar y ayudar a reorientar lo que haya quedado fuera de los justos márgenes.

De manera más concisa se puede hablar simplemente de la importancia de saber primero transigir y luego orientar. Hay que tener claros los criterios fundamentales y los aspectos no negociables. Pero luego es necesario también ser capaces de confiar en las personas, reconociendo los aspectos positivos y los valores que explican sus distintos comportamientos, la parte de razón que les acompaña, por así decirlo, incluso cuando cometen algún error o se dejan llevar de su impulso natural. Solo así podremos ayudarles a encontrar el camino más auténtico para lograr aquello que, muchas veces por su inexperiencia o por la pasión del momento, no han sabido realizar de la mejor manera posible. Ya sabemos que la virtud se encuentra en el medio entre dos extremos igualmente pervertidos, así que la tarea del formador consiste en acompañar y sostener para que no se caiga en ninguno de esos polos opuestos.

San Ignacio de Loyola pensaba respecto a Francisco Javier: «si yo me gano a Francisco, él me ganará el mundo», y tuvo con él una paciencia a toda prueba. Lo veía inquieto y a veces egoísta. Pensaba sobre todo en conquistar honores y en que su nombre

fuera conocido por muchos. «No quiero cortarte las alas, Francisco, que en realidad te quiero dar unas aún mayores; pero, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo, si al final se pierde a sí mismo?». Sus palabras se iban metiendo en la mente y en el corazón del futuro misionero. Pero todavía había mucho por hacer. Ignacio había aprendido que las obras de Dios requieren tiempo y paciencia. Él mismo le hacía llegar a Francisco una cantidad de dinero, como si fuera su familia la que se la enviaba, para que éste pudiera darse la vida a la que estaba acostumbrado. Más de alguno podría pensar que estaba contribuyendo a que fuera vanidoso y superficial, pero Ignacio tenía claros tanto la meta como el camino: había que ganar su confianza, y luego hacerse de la vista gorda ante algunas cosas, para poder ir cultivando en aquella alma privilegiada, las disposiciones esenciales para la obra que Dios le habría de encomendar más tarde. Ignacio no quería comenzar la casa por el tejado, sino por los cimientos, y por eso fue trabajando una disposición a la vez. Los frutos están a la vista.

Es lo mismo que nosotros debemos hacer: reconocer los valores que atraen y mueven la voluntad de aquellos que en los planes de Dios han sido encomendados a nuestra labor formativa, para irlos luego encausando adecuadamente. El mundo llama vanidosos a los que quizá en realidad tengan una viva sensibilidad respecto a la belleza, en es caso la labor del educador es ayudarles a contemplar la belleza integral, no solo del cuerpo, sino también del interior; los que son enérgicos y apasionados, bien encausados pueden realizar obras grandiosas, y así todas las personas. Es una cuestión de prudencia, tacto y visión sobrenatural.

A esto se refería san John Henry cuando en un sermón de 1831 decía que es de las ramas naturales de donde surge los frutos del espíritu: «¿Qué otra cosa es la magnanimidad cristiana, la abnegación generosa, el desprecio de la riqueza, la tolerancia al sufrimiento, y la ferviente lucha para conseguir la perfección, sino el desarrollo y transformación, bajo el influjo del Espíritu Santo, de esa personalidad natural que tachamos de "romántica"? ¿Qué es, por otra parte, el odio instintivo, la abominación al pecado –que poseen los cristianos convencidos–, su insatisfacción respecto de sí mismos, su buen gusto generalizado, su criterio y prudencia, sino el perfeccionamiento de su sensibilidad y delicadeza naturales, de su miedo al dolor y sentido del pudor, bajo la acción del mismo Espíritu? Mediante una disciplina adecuada se han enseñado a gobernarse a sí mismos y ahora asocian la noción de pecado con una aguda sensación de incomodidad y molestia»¹.

¹ *El amor a parientes y amigos*, en: *Parochial and Plain Sermons* 2, s. 5. Cf. en este cuaderno, p. 66.



El Papa Francisco saludando a los peregrinos

Pero volvamos a las palabras del Papa. Él, que ha recibido el mandato de atar y desatar, y que está llamado a confirmar la fe de sus hermanos, sabe que debe también dar espacio, acompañar con solicitud, para luego intervenir de una manera prudente y alentadora. Confía en que, en la comunidad cristiana, no perdamos nunca el sentido eclesial con que hemos de procurar ofrecer respuestas a las inquietudes de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, permaneciendo al mismo tiempo abiertos, mediante una humilde docilidad, a la autoridad del Magisterio que tiene la misión de orientar, revisar y, en ocasiones, también señalar ciertos límites que no se debería traspasar.

Fue durante el vuelo que le trasladaba de regreso a Roma después de haber concluido el viaje apostólico a Canadá cuando una periodista de nombre Claire planteó la pregunta al Santo Padre. Él adoptó una postura que nos ha recordado algunos pensamientos que san John Henry Newman dejó plasmados tanto en el Ensayo sobre el desarrollo del dogma² como en su carta al Dr. Pusey³. Comencemos por presentar las líneas fundamentales de la respuesta de Francisco: «El dogma, la moral, está siempre en un camino de desarrollo, pero desarrollo en el mismo sentido... para el desarrollo de una cuestión moral, un desarrollo teológico, digamos así, o dogmático, hay una regla que es muy clara y esclarecedora, lo he dicho otras veces: lo que hizo Vicente de Lerins, en el siglo V, era un francés. Dice que la verdadera doctrina, para avanzar, para desarrollarse, no debe

² *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, Longmans, Green, and Co., London, 1909.

³ En: *Certain Difficulties Felt by Anglicans in Catholic Teaching considered: In a Letter Addressed to the Rev. E. B. Pusey, D.D., on Occasion of His Eirenicon of 1864; and in a Letter addressed to the Duke of Norfolk, on occasion of Mr. Gladstone's Expostulation of 1874*; Volume 2, London 1900, pp. 1-170.

estar quieta, se desarrolla *ut annis consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate*⁴. Es decir, se consolida con el tiempo, se expande y se consolida y se hace más firme pero siempre progresando. Por eso el deber de los teólogos es la investigación, la reflexión teológica. No se puede hacer teología con un “no” por delante. Luego será el Magisterio el que diga: “No, has ido más allá, vuelve”. Pero el desarrollo teológico debe ser abierto, los teólogos están para eso. Y el Magisterio debe ayudar a comprender los límites»⁵.

A continuación el Papa comenta algunos ejemplos concretos de ese desarrollo en la comprensión de las exigencias morales: las armas nucleares, la pena de muerte, en las que se ha desarrollado la conciencia de los cristianos. Se trata de un auténtico desarrollo, lo contrario sería corrupción⁶. Continúa el Santo Padre: «cuando se desarrolla el dogma o la moral, está bien, pero en esa dirección, con las tres reglas de Vicente de Lerins. Creo que esto es muy claro: una Iglesia que no desarrolla su pensamiento en sentido eclesial es una Iglesia que va hacia atrás. Y este es el problema hoy, de tantos que se llaman “tradicionales”. No, no, no son tradicionales, están “en retroceso”, van hacia atrás, sin raíces. Siempre se ha hecho así, en el siglo pasado se hizo así. Y el “retroceso” es un pecado porque no va adelante con la Iglesia. En cambio, la tradición –decía alguno, creo que lo dije en una de mis discursos– la tradición es la fe viva de los muertos. Sin embargo, para estos “que van en retroceso”, que se llaman tradicionalistas, es la fe muerta de los vivos. La tradición es precisamente la raíz de inspiración para avanzar en la Iglesia. Y esto siempre es vertical. Y el “retroceso” va hacia atrás, siempre está cerrado. Es importante entender bien el papel de la tradición, que siempre está abierta, como las raíces del árbol, y el árbol crece... Un músico tenía una frase muy bonita, Gustav Mahler decía: la tradición en este sentido es la garantía del futuro, es la garantía, no es una pieza de museo. Si concibes la tradición cerrada, esa no es la tradición cristiana. Siempre es el jugo de las raíces el que te lleva hacia adelante, hacia adelante, hacia adelante... Por eso, por lo que dices, es necesario pensar y llevar la fe y la moral hacia adelante, y hasta que va en la dirección de

⁴ Progresar consolidándose con los años, desarrollándose con el tiempo, sublimándose con la edad

⁵ Francisco, *Conferencia de prensa durante el vuelo hacia Roma*, 29-VII-2022, respuesta a la 7a. pregunta.

⁶ El Santo Padre ha mandado establecer en el Catecismo de la Iglesia católica el que la pena de muerte siempre y en todos los casos ha de ser considerada intrínsecamente mala e inmoral; también se ha pronunciado en repetidas ocasiones sobre la inmoralidad no solo del uso de las armas nucleares, sino incluso de su misma posesión. Véase sobre lo primero el n. 2267 del catecismo, y sobre lo segundo citamos por su brevedad y contundencia un tuit publicado el 1 de agosto de 2022 desde la cuenta oficial del Santo Padre en por lo menos en diez lenguas: «El uso de armas nucleares, así como su posesión, es inmoral. Tratar de garantizar la estabilidad y la paz mediante una falsa sensación de seguridad y un ‘equilibrio del terror’ conduce inevitablemente a envenenar las relaciones entre los pueblos y dificulta el verdadero diálogo».

las raíces, del jugo, está bien. Con estas tres reglas de Vincente de Lerins que he mencionado»⁷.

En otras muchas ocasiones el Papa se ha referido a estos temas, brindando orientaciones que ayudan a comprender el verdadero sentido de la tradición y cómo ella siempre está abierta al desarrollo. La mañana del 20 de abril de 2022, por ejemplo, en un discurso pronunciado ante la delegación del Global Researchers Advancing Catholic Education Project, el Papa profundizó y ofreció algunas explicaciones que nos ayudan a comprender mejor su postura: «Necesitamos esta relación con nuestras raíces, pero también necesitamos avanzar. Y esta es la verdadera tradición: tomar del pasado para avanzar. La tradición no es estática: es dinámica, va hacia adelante. Hubo un teólogo francés del siglo V, un monje, que se preguntó cómo podía progresar el dogma sin arruinar la inspiración de su propia tradición, cómo debía crecer sin esconderse en el pasado. Y dijo en latín: «*Ut annis scilicet consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate*»: progresa consolidándose con los años, desarrollándose con el tiempo, sublimándose con la edad. *Consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate*, esto es la tradición: hay que educar en la tradición, pero para crecer».

Resuenan en todas estas expresiones las ideas de san John Henry Newman sobre el desarrollo de la comprensión de la doctrina. Contemporáneo de Darwin Newman tuvo que vérselas con una cuestión que permanece todavía hoy: la evolución reclamada como categoría suficiente para explicar todo el orden real, animal y humano. Está claro que hablar de creación o de evolución nos sitúa en planos muy diferentes. La categoría de creación no responde al «cómo» las realidades existentes han ido llegando a ser en sus formas diferenciadas. Responde más bien a esta otra: ¿cómo es posible que surja el ser? ¿Por qué hay seres y no más bien nada? ¿Es posible pensar una realidad de carácter absoluto y sagrado, que trasciende nuestra limitada capacidad de comprender y que podamos reconocer a partir de otras formas de existencia, como respuesta razonable a la pregunta por el origen y el sentido, como realidad que genera futuro y esperanza para la vida humana? Desde esta perspectiva surge una pregunta clave: el cristianismo, ¿es el mismo hoy que en su origen? ¿No habrá habido una evolución que nos obligue a hablar de cristianismos diversos? La evolución del dogma, ¿es homogénea o heterogénea? A esta pregunta responde Newman en su libro *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana* (1845), obra en que estaba trabajando en el momento de su conversión al catolicismo. En el cristianismo, nos dice, se da el desarrollo propio de los seres personales y de las instituciones que han nacido de la lógica de su ser, que para permanecer con vida tienen

⁷ Francisco, *Conferencia de prensa durante el vuelo hacia Roma*, cit.

que crecer, sin traicionarse pero llegando a ser más. Newman hace un finísimo análisis de los criterios para diferenciar cuando estamos ante un desarrollo auténtico o ante una perversión o transmutación, tanto de una institución jurídica como de una verdad teológica en la Iglesia.

La Iglesia de Inglaterra se veía en ese entonces como expresión de la tradición apostólica, considerando como abusos y corrupciones los desarrollos a los que había llegado la Iglesia de Roma; el anglicanismo, en cambio, se concebía a sí mismo como una especie de punto intermedio entre los dos extremos representados por las iglesias ortodoxas y por el catolicismo Romano. Se trata de la teoría de la Vía Media, que Newman había ofrecido como clave interpretativa para justificar su permanencia en la Iglesia Anglicana. Muy pronto quedó de manifiesto para él que la vía Media solo existía en el papel.

He aquí que analizando la historia del arrianismo⁸ y del Concilio de Nicea, Newman se da cuenta que por tratarse de una realidad viva, también la fe solo desarrollándose puede permanecer fiel a sí misma. Una fe que intenta ser totalmente estática se condena a



Un busto de san John Henry en la iglesia del Oratorio, Birmingham.

⁸ En el siglo III, Arrio y sus seguidores rechazaron la existencia de la Santísima Trinidad: Jesucristo habría sido creado por Dios Padre, y le estaría subordinado. El primer Concilio de Nicea (año 325) declaró heréticas las doctrinas arrianas, sanción que fue confirmada por el Concilio de Constantinopla (año 381).

sí misma a la muerte, es la fe muerta de los vivos, a la que se refiere el Papa Francisco. Con enorme perplejidad, Newman descubrió un enorme paralelismo entre la situación del siglo IV y la Iglesia de su tiempo: «pero vi claramente que, en la historia del arrianismo, los arrianos puros eran los protestantes; los semiarrianos, los anglicanos; y que Roma era ahora lo que fue entonces»⁹. A esta misma conclusión había llegado antes también al analizar la historia del monofisismo¹⁰: «en las controversias de los primeros siglos la Iglesia de Roma estuvo siempre en el lado correcto»¹¹. La cuestión era ahora la misma que entonces: si el desarrollo del dogma suponía traición y corrupción. Estamos en el verano de 1839, a mediados de junio Newman comienza a estudiar a fondo la historia de los monofisitas, una consideración a fondo de la cuestión doctrinal se prolongaría más o menos hasta el 30 de agosto. «Fue durante esta lectura cuando por vez primera me vino la duda de que el anglicanismo fuera sostenible. Recuerdo que el 30 de julio hice notar a un amigo con quien me encontré casualmente lo interesante que era aquella historia; pero a fines de agosto yo estaba sumamente alarmado»¹².

Cuál era el motivo que generaba tal consternación nos lo cuenta él mismo a continuación: «Mi fuerte era la antigüedad, y ahora, a mediados del siglo V, me parecía ver reflejada la cristiandad de los siglos XVI y XIX. Vi mi cara en ese espejo: Yo era un monofisita! La Iglesia de la via media estaba en la misma situación que la comunión oriental; Roma estaba donde está ahora, y los protestantes eran los eutiquianos¹³»¹⁴. Con gran sentido del humor y hasta un poco de sarcasmo, Newman comenta el gran paso que a partir de aquellos descubrimientos habría de dar unos años más tarde: «De todos los momentos de la historia, desde que la historia existe, ¿quién hubiera pensado remontarse a los dichos y hechos del viejo Eutiques, el delirus senex, como creo lo llama Petau¹⁵ y a las

⁹ *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, BAC, Madrid, 2011, p. 114.

¹⁰ En el siglo V los Monofisitas se pronunciaron sobre el modo de unión de las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana. En contra de los Nestorianos que defendían la existencia de dos naturalezas separadas (dos personas), los Monofisitas defienden que la naturaleza divina sustituyó absolviéndola a la naturaleza humana, por lo que Cristo tendría una sola naturaleza. El Papa León I, y luego el Concilio de Calcedonia enseñaron que la única Persona de Cristo existe «en dos naturalezas, sin mezcla, sin cambio, sin división, sin separación».

¹¹ *Apología*, p. 131.

¹² *Íb.*, p. 95.

¹³ Generalmente se suelen identificar a los monofisitas y eutiquianos como una misma herejía, pero como algunos entre ellos rechazaban a Eutiques, a veces se reserva el nombre de eutiquianos a los de Armenia. Newman usa la opinión más extendida que tiende a identificarlos como una misma secta.

¹⁴ *Apología*, p. 95.

¹⁵ Se refiere a la afirmación del teólogo Denise Petau, que en su obra *De Theologicis dogmatibus, De Incarnatione* (I, XIII-XVIII), habla de Eutiques y lo califica de “viejo loco”.

aberraciones de un Dióscoro¹⁶, hombre sin principios, para convertirse a Roma?»¹⁷ A estas alturas Newman ya sabe que «vivir es cambiar y que la perfección es el resultado de muchas transformaciones»¹⁸, y está a punto de emprender un viaje que le llevará a donde nunca se hubiera imaginado.

No vamos a realizar aquí un análisis de las ideas principales del Ensayo sobre el desarrollo del dogma, más bien nos vamos a limitar a consignar unos párrafos de la ya mencionada Carta al Dr. Pusey, en donde el mismo Newman nos ofrece una magnífica clave de interpretación de su actitud personal. El contexto de esa carta es un duro ataque que Pusey había lanzado en contra de los que consideraba excesos y corrupciones de la piedad católica, sobre todo en referencia al culto que profesamos a la Santísima Virgen. El libro al que Pusey había dado el título de Eirenicón, lejos de ser un ramito de olivo lanzado como signo de paz, resultaba un duro y desafortunado ataque, no solo inoportuno, sino además muy injusto; a juicio de Newman «el ramo de olivo había sido lanzado con una catapulta»¹⁹. San John Henry se dispuso a responder al diálogo iniciado por su antiguo compañero del movimiento de Oxford, y para ello además de mostrar las diferencias entre fe y devoción, también expuso de forma magistral la herencia doctrinal que hacen suya los católicos, siguiendo formalmente a los Padres de la Iglesia: «En lo referente a la doctrina acerca de la Virgen Santísima, me conformo con los Padres..., me bastan los Padres. No quiero decir más de lo que ellos me sugieren, y tampoco diré menos»²⁰. No podía ser de otra manera en aquel que reconocía que «los padres me hicieron católico»²¹

Newman y Pusey habían sido amigos desde la época de Oriel College. Juntos habían intentado llevar adelante un nuevo sistema de tutorías. Los vemos nuevamente muy unidos en el Movimiento de Oxford, del que de alguna manera ambos eran la punta de lanza. La conversión de Newman supuso un gran golpe para Pusey, la correspondencia entre ellos se interrumpió durante años, pero Newman siguió profesando hacia él una gran admiración y cariño.

Newman comienza exponiendo sus ideas respecto al desarrollo propio de los seres vivos, en particular de las personas y de las obras que de ellas dependen: «Yo digo que resulta imposible en una doctrina como ésta trazar una demarcación clara entre la verdad y

¹⁶ Dióscoro fue el vigésimo quinto patriarca de Alejandría, del año 444 al 454.

¹⁷ *Apología*, p. 95.

¹⁸ *Ensayo sobre el desarrollo del Dogma*, p. 40.

¹⁹ «*Discúlpame, pero tu rama de olivo me ha parecido más bien una especie de catapulta*» (Carta al Dr. Pusey, I, Cuestiones introductorias).

²⁰ Carta a Pusey, pp. 24-25.

²¹ *Íb.*, p. 24; p. 173.



Iglesia del Oratorio, Birmingham

el error, entre lo correcto y lo incorrecto. Esta es la constante en asuntos concretos que tienen vida. En este mundo la vida es movimiento, e incluye un proceso continuo de cambio. Los seres vivos se desarrollan hacia su plenitud, luego empiezan a declinar y finalmente se dirigen a la muerte. Ninguna regla técnica bastaría para detener la aplicación de esta ley natural, ya sea en el mundo material o en el espíritu humano»²².

Viene a continuación el texto en que encontramos un extraordinario paralelismo con las palabras del Papa sobre el desarrollo de la enseñanza de la Iglesia: «Podemos, por supuesto, reaccionar a los desórdenes, cuando estos ocurren, mediante los remedios externos antagónicos; pero lo que no podemos pretender es erradicar el proceso mismo, en el que surgen. La vida tiene el mismo derecho a decaer que a fortalecerse. Este es de modo especial el caso de las grandes ideas. Puedes sofocarlas o puedes invadir su espacio vital, o también, puedes atormentarlas con tus continuas intromisiones; o podrías darles autonomía y permitirles que sigan su curso libremente y en lugar de anticiparte a sus excesos, contentarte con evidenciarlos y limitarlos una vez que hayan tenido lugar. Pero solo tienes esta alternativa; y, en cuanto a mí, prefiero por mucho donde sea posible, ser primero generoso y después justo, garantizar plena libertad de pensamiento, y llamar a dar cuentas cuando se abuse»²³.

²² *Carta a Pusey*, IV, Complemento entre fe y devoción.

²³ *Íb.*

Y continúa diciendo: «Si todo lo que he dicho es verdad en relación con las ideas fundamentales en general, lo es todavía más en el caso de los temas religiosos. La religión actúa sobre los afectos, y, ¿qué podrá impedir que, una vez que estos se despierte, cobren vigor y se vuelvan indomables? No están dotados de ningún principio innato dentro de ellos que les dé la capacidad de gobernarse y regularse a sí mismos. Se lanzan detrás de su objetivo, y a menudo ocurre con ellos que a mayor prisa, peor velocidad. Su objeto los absorbe, de manera que no pueden ver ya nada más»²⁴.

A continuación da paso al análisis de aquellas cuestiones en las que también intervienen las emociones y los afectos, lo cual le da ocasión de reafirmar de manera contundente su propia posición: «Y entre todas las pasiones el amor es la más incontrolable; más aun, yo no apostaría mucho por ese tipo de amor que nunca incurra en excesos, que siempre guarde la compostura, y que pueda moverse dentro de los márgenes de un perfecto buen gusto, incluso en momentos excepcionales. Qué madre, esposo o esposa, qué muchacho o muchacha, enamorado, no llega a decir cientos de cosas cursis, en línea con el cariño, que le daría mucha pena escucharan los extraños, y que no por eso resultan desagradables a la persona a quien se dirigen. Algunas veces por desgracia alguien las escribe, llegando incluso a aparecer en el periódico; y entonces lo que podría haber sido agradable por ser una expresión espontánea del corazón, confirmada por el tono de voz y el semblante, se presenta solo como una melancólica exhibición cuando se sirve en frío a la vista del público. Así sucede con los sentimientos piadosos»²⁵. También respecto a estas frases podríamos localizar asombrosos paralelismos en las enseñanzas del Santo Padre Francisco, aunque vamos a prescindir de ello por razón de espacio.

Todos estos principios de Newman nos impulsan a no escandalizarnos ante los exabruptos y excesos de los demás. La actitud a la que nos invitan exige mucha humildad, paciencia y olvido de sí. Sobre todo en lo que tiene que ver con la formación de las personas y el ejercicio de la autoridad resulta más fácil anticiparse y obligar a que las cosas se hagan como uno ve que convienen; pero eso puede, en muchos de los casos, no resultar lo más formativo. Sí educa, en cambio, esperar en las personas, sin renunciar a acompañarles; esto por sí mismo constituye una invitación a tomar en serio la propia libertad; al considerar la confianza que el otro me está depositando, no puedo sino sentirme estimulado a dar lo mejor de mí mismo, una actitud alegre y al mismo tiempo agradecida ante la disposición para acompañar sin violentar el propio proceso de crecimiento, de la que se es objeto por parte del formador.

²⁴ Íb.

²⁵ Íb.

¿Cuántas veces los papás, por ejemplo, prefieren imponer su autoridad y limitarse a dictar lo que los hijos deben hacer, reduciéndoles al mínimo el espacio en que pueden decidir por sí mismos! No pretendo ignorar el carácter progresivo de todo proceso educativo, y, sin embargo, me temo que a veces no es tanto el celo por la formación de sus hijos, sino el afán de que las cosas salgan bien y pronto, lo que los mueve; he hablado de la impaciencia por ver los frutos, por no hablar también del miedo a quedar mal con sus conocidos y amigos si simplemente dejaran a sus hijos expresarse y ser ellos mismos. No son pocas las ocasiones en las que los papás optan por chantajear y condicionar, más que por formar. La educación es lenta, y se encuentra muy descuidada, pues exige muchísimo olvido de sí, mucha paciencia y abnegación.

Condicionar no educa; utilizar premios y castigos como estímulo para que los demás terminen haciendo lo que uno quiere, no es tener en cuenta ni la conciencia ni la inteligencia, mucho menos formar la voluntad para que ésta les haga capaces de ser coherentes. Quizá conseguiremos que hagan lo que está bien mientras les estemos viendo o incluso que se vuelvan fanáticos que obedecen ciegamente, y que por un tiempo sigan a rajatabla la letra muerta de la ley, sin comprender el espíritu que la anima y mucho menos ser capaces de descubrir aquellos casos en los que se debe estar dispuesto a hacer algún tipo de concesión por salvar bienes mayores²⁶. Formar a una persona es dotarla de una firme estructura de personalidad, que la haga capaz de actuar por convicción –esté o no a la vista de aquellos hacia quienes se siente unido por vínculos de sumisión–, conscientes de que, en definitiva, «cuanto cada uno es a los ojos de Dios, tanto es y no más», como dice el Kempis²⁷.

Mucho se discute entre nosotros, tanto en la Iglesia como fuera de ella, sobre las más diversas cuestiones. A veces incluso se llega, por ejemplo, a cuestionar las actuaciones del Santo Padre en diversos frentes. Entre otros muchos, el tema de la liturgia, por ejemplo, suscita acalorados debates. No pocas veces me da la impresión de que el amor a la verdad se ve suplantado por la soberbia y la pasión; resultan proféticas las palabras del Papa Francisco sobre la constante tentación de la guerra entre nosotros²⁸, a la que nos

²⁶ No nos referimos a estar dispuestos a hacer concesiones al pecado ni a transgredir los mandamientos, estos no tienen excepciones; sin embargo, como también enseña san John Henry: «No es regla general en hombres sensibles, sean cuales sean sus opiniones, hacer siempre lo que es abstractamente mejor. Donde no haya un deber que lo prohíba, podemos vernos obligados a hacer, como mejor solución en un determinadas circunstancias, algo que nos provoca crítica y resistencia mientras lo estamos haciendo. Percibimos que intentar hacer más es lograr menos, y que debemos aceptar aquello o renunciar a todos. De ese modo nos reconciliamos con lo que, de haber podido, habríamos hecho de otro modo»

²⁷ *Imitación de Cristo*, L. III, c. 55.

²⁸ Cf. Francisco, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*, 24-XI-2013, nn. 98-101.

vemos expuestos de continuo los cristianos que intentamos ser más comprometidos, pugna que muchos motivos de escándalo ofrece a los que nos contemplan.

Este breve repaso por un principio fundamental que fue tan fecundo en la vida Newman y que lo está siendo en el ministerio del actual Vicario de Cristo, nos ha permitido también descubrir de paso una enseñanza sobre la necesidad vital, en medio de tanta desorientación, de permanecer anclados en la roca de Pedro. La unión con la Iglesia, con los pastores que él mismo ha elegido para gobernarla, el Papa y los obispos en comunión con él, es lo que nos mantiene cristianos, lo que permite que nos sigamos llamando católicos. El Papa es el Vicario de Cristo, el dulce Cristo en la tierra, como lo llamaba santa Catalina. A menudo hemos de levantar la mirada al Señor y orar por el Santo Padre: “Señor, ilumina, fortalece y consuela al Papa”. Él es el fundamento visible de la unidad de la Iglesia, así que si permanecemos a su lado y le escuchamos con la docilidad propia de los hijos, no seremos engañados.

A propósito nos dice Newman en los Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria: «La autoridad de la Iglesia, no el debate intelectual, constituye la regla suprema y la justa guía para los católicos en asuntos de religión. Ha mantenido siempre el derecho de intervenir, y en algunos casos de conflicto se espera que intervenga. Lo ha hecho así en nuestro caso... Semejante decisión ha de ser sinceramente aceptada y obedecida, tanto más cuando procede no simplemente de los Obispos, tanta como es su autoridad, sino de la máxima potestad en la tierra, que es la Cátedra de san Pedro»²⁹. Se refiere a la decisión de la Santa Sede a mediados del siglo XIX que prohibía para los irlandeses un modelo de educación mixta, en el que convivieran católicos y protestantes. Era una cuestión puntual, en la que se dividían los ánimos incluso en el episcopado irlandés.

Newman, que fue llamado a colaborar en la fundación y luego nombrado primer rector de la Universidad Católica de Irlanda, invita además a hacer un acto de confianza en el Papa: «Tal decisión, además, no solo exige nuestra sumisión sino que tiene derecho a nuestra confianza». Y respecto a los fundados motivos por los que algunos se oponían al proyecto y otros simplemente no lo veían viable, después de reconocer que ellos seguramente conocen las circunstancias mucho mejor que él y tienen sólidos motivos para justificar su postura, pasa a explicar la causa por la que él se mantiene firme en el propósito en el que se le ha invitado a colaborar, es decir, la fundación de una universidad católica: «Reflexiones como éstas serían decisivas incluso para los intelectos más agudos y

²⁹ *Discursos sobre la naturaleza y el fin de la educación universitaria*, Eunsá, Pamplona, 2011, p. 48



El Papa Francisco después de la celebración de la Santa Misa de Canonización del Cardenal Newman.

audaces, excepto por una razón. En medio de nuestras dificultades, mantengo un motivo, que es apenas un punto de apoyo, pero que estimo suficiente, que me sirve en lugar de dar argumentos de cualquier orden, que me fortalece contra las críticas, que me sostiene cuando me asalta el desánimo, y al que acudo siempre que se plantea la cuestión de la posibilidad y conveniencia de lo que buscamos... San Pedro ha hablado, y es él quien nos empuja a lo que nos parece tan poco prometedor. Ha hablado, y tiene derecho a que confiemos en su palabra. No es un eremita, ni un sabio ajeno al mundo, ni un soñador que vive en el pasado, ni un melancólico de muertos y desaparecidos, ni un visionario. Pedro vive en el mundo desde hace dieciocho siglos, ha visto todas las suertes, encontrado toda clase de adversarios, y se encuentra preparado para cualquier emergencia. Si ha existido algún poder en la tierra con una capacidad de discernir los tiempos y de ceñirse a lo factible; un poder acertado en sus anticipaciones, cuyas palabras se han convertido en hechos, y cuyos mandatos han resultado profecías, este poder es el que en la historia de las edades ocupa de generación en generación la Cátedra del Apóstol, como Vicario de Cristo y Doctor de su Iglesia»³⁰.

Hace a continuación un repaso histórico del que no podemos perdernos; al final del mismo plantea esta pregunta: «¿Ha fracasado Pedro hasta hoy en sus empresas?»³¹ Y él

³⁰ *Íb.*, p. 50.

³¹ *Íb.*, p. 51.

mismo responde: «Cada época ha ido confirmando esa fe con la visión. Y sería vergonzoso para nosotros que, con el testimonio acumulado de dieciocho siglos, fueran nuestros ojos demasiado espesos para ver las victorias que los santos han visto desde siempre por anticipado»³². Ofrece en seguida un repaso de los grandes apóstoles que evangelizaron las Islas del Reino Unido, mostrando el profundo vínculo que a través de ellos les sigue ligando a la Sede de Pedro, al final concluye diciendo que si bien «Inglaterra e Irlanda no son lo que tiempo atrás eran», sin embargo, «Roma está donde estaba, y san Pedro es el mismo. Su celo, su caridad, su misión y sus carismas son idénticos»³³.

Podemos suponer que desde el cielo, san John Henry Newman implora para nosotros, hombres y mujeres de hoy, al mismo tiempo: un gran celo y olvido de nosotros mismos en relación con la formación de los demás; y un amor tierno, gran docilidad y una fidelidad a toda prueba al Santo Padre, pues se llame como se llame, en realidad su nombre es Pedro y fue el mismo Señor Jesús quien lo bautizó así.



San Pedro y san John Henry Newman, Basílica de san Pedro.

³² *Íb.*

³³ *Íb.*, p. 54.

LA AUTOEDUCACIÓN Y LAS AMENAZAS¹

«Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres». Lo que se refiere a la escuela como institución y como ambiente comprende en sí, antes que nada, a la juventud. Pero podríamos decir que la elocuencia de las palabras antes mencionadas de Cristo sobre la verdad, mira más aún a los jóvenes mismos. En efecto, aunque no hay duda de que la familia educa y de que la escuela instruye y educa, al mismo tiempo, tanto la acción de la familia como de la escuela, quedará incompleta y podría incluso ser estéril, si cada uno y cada una de vosotros, jóvenes, no emprende por sí mismo la obra de la propia educación. La educación familiar y escolar deben procuraros sólo algunos elementos para la obra de la autoeducación.

En este campo las palabras de Cristo: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» vienen a ser un programa esencial. Los jóvenes –si nos podemos expresar así– tienen un congénito «sentido de la verdad». Y la verdad debe servir para la libertad: los jóvenes tienen también un espontáneo «deseo de libertad». ¿Qué significa ser libre? Significa saber usar la propia libertad en la verdad, ser «verdaderamente» libres. Ser verdaderamente libres no significa en modo alguno hacer todo aquello que me gusta o tengo ganas de hacer. La libertad contiene en sí el criterio de la verdad, la disciplina de la verdad. Ser verdaderamente libres significa usar la propia libertad para lo que es un bien verdadero. Continuando, pues, hay que decir que ser verdaderamente libres significa ser hombre de conciencia recta, ser responsable, ser un hombre «para los demás».

Todo esto constituye el núcleo interior mismo de lo que llamamos educación y, ante todo, de lo que llamamos autoeducación. Sí, autoeducación. En efecto, una tal estructura interior, en la que «la verdad nos hace libres» no puede ser construida solamente «desde fuera». Cada uno ha de construirla «desde dentro»; edificarla con esfuerzo, con perseverancia y paciencia (lo cual no siempre es tan fácil para los jóvenes). El Señor Jesús habla también de esto cuando subraya que sólo «con la perseverancia» podemos «salvar nuestras almas». «Salvar la propia alma» (cf. Lc 21, 19): he aquí el fruto de la autoeducación.

Todo esto implica un modo nuevo de ver la juventud. No se trata aquí ya del simple proyecto de vida que debe ser realizado en el futuro. Éste se realiza ya en la fase de la juventud si nosotros, mediante el trabajo, la instrucción y especialmente mediante la autoeducación, creamos la vida misma construyendo el fundamento del sucesivo

¹ San Juan Pablo II, *Carta a los jóvenes*, 31-III-1985, n. 13.



La Basílica de san Pedro vista desde el Tíber.

desarrollo de nuestra personalidad. En este sentido se puede decir que «la juventud es la escultora que esculpe toda la vida» y la forma que ella confiere a la concreta humanidad de cada uno y de cada una de vosotros, se consolida en toda la vida.

Si esto tiene un importante significado positivo, por desgracia puede tener también un importante significado negativo. No podéis taparos los ojos ante las amenazas que os acechan durante el período de la juventud. También ellas pueden dejar su señal en toda la vida.

Quiero aludir, por ejemplo, a la tentación del criticismo exasperado que pretende discutir todo y revisar todo; o del escepticismo respecto de los valores tradicionales de donde fácilmente se puede desembocar en una especie de cinismo desaprensivo cuando se trata de afrontar los problemas del trabajo, de la carrera o del mismo matrimonio. Y ¿cómo callar ante la tentación que representa el difundirse –sobre todo en los países más prósperos– de un mercado de la diversión que aparta de un compromiso serio en la vida y educa a la pasividad, al egoísmo y al aislamiento? Os amenaza, amadísimos jóvenes, el mal uso de las técnicas publicitarias, que estimula la inclinación natural a eludir el esfuerzo, prometiendo la satisfacción inmediata de todo deseo, mientras que el consumismo, unido a ellas, sugiere que el hombre busque realizarse a sí mismo sobre todo en el disfrute de los bienes materiales. ¿Cuántos jóvenes, conquistados por la

fascinación de engañosos espejismos se abandonan a las fuerzas incontroladas de los instintos o se aventuran por caminos aparentemente ricos en promesas, pero en realidad privados de perspectivas auténticamente humanas! Siento la necesidad de repetir aquí cuanto escribí en el Mensaje que a vosotros precisamente he dedicado para la Jornada Mundial de la Paz: «algunos de vosotros podéis sentir os tentados a huir de vuestra responsabilidad; en lo ilusorios mundos del alcohol y de la droga, en efímeras relaciones sexuales sin compromiso matrimonial o familiar, en la indiferencia, el cinismo y hasta la violencia. Estad alerta contra el fraude de un mundo que quiere explotar o dirigir mal vuestra energía y ansiosa búsqueda de felicidad y orientación».

Os escribo todo esto para expresar la viva preocupación que siento por vosotros. Si, en efecto, debéis estar «siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere», entonces todo lo que amenaza esta esperanza debe suscitar preocupación. Y a todos aquellos que con tentaciones o ilusiones de signo vario intentan destruir vuestra juventud, no puedo menos de recordar las palabras de Cristo cuando habla del escándalo y de aquellos que lo provocan: «Ay de aquél por quien vengan los escándalos. Mejor fuera que le atasen al cuello una rueda de molino y le arrojaran al mar antes que escandalizar a uno de estos pequeños» (Lc 17, 1s).

☒ Palabras severas! Particularmente graves en la boca de aquel que vino a revelar el amor. Pero quien lee atentamente estas palabras del Evangelio, debe sentir cuán profunda es la antítesis entre el bien y el mal, entre la juventud y el pecado. Él debe darse cuenta de modo aún más claro de la importancia que tiene a los ojos de Cristo la juventud de cada uno y de cada una de vosotros. Ha sido precisamente el amor por los jóvenes el que ha dictado estas severas y graves palabras. Ellas contienen como un eco lejano del coloquio evangélico de Cristo con el joven al cual la presente Carta se refiere constantemente.



San John Henry Newman, del pintor Raúl Berzosa, Óleo sobre lienzo (50 x 73 cm), colección particular.

Maestro del espíritu

EL AMOR A PARIENTES Y AMIGOS¹

"Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios"

(1 Jn. 4, 7)

San Juan el Apóstol y Evangelista es conocido entre nosotros sobre todo y de manera más familiar como «el discípulo al que Jesús amaba». Era uno de los tres o cuatro que siempre acompañaban a nuestro santo Señor y tuvo el privilegio de mantener la más íntima relación con Él. Para Él era el amigo del alma, como solemos decir, antes que Pedro, Santiago y Andrés. En la cena solemne antes de que tuviera lugar la pasión de Cristo, Juan se sentó al lado suyo, y se reclinó sobre su pecho. Así como los otros servían de intermediarios entre la multitud y Cristo, así Juan era el mediador entre Cristo y ellos. En la última Cena, Pedro no se atrevió a plantear a Jesús una pregunta por sí mismo y solicitó a Juan que se la hiciera –acerca de quién habría de traicionarlo–. Juan era, entonces, el amigo personal e íntimo de Cristo. También fue a san Juan a quien nuestro Señor, cuando estaba a punto de morir en la cruz, le encomendó a Su Madre; y, después de su partida, fue a san Juan a quien le reveló en una visión la suerte que correría su Iglesia.

Mucho se podría decir acerca de este hecho tan notable. He dicho "notable", porque se podría suponer que el Hijo de Dios Altísimo no podía haber amado a un hombre más que a otro; o también, de ser así, que Él no habría tenido solo un amigo, sino que, al ser el Totalmente Santo, habría amado a todos los hombres más o menos, en proporción a la santidad de ellos. Sin embargo, nos topamos con que nuestro Salvador tiene un amigo personal. Y esto nos muestra, en primer lugar, cuán plenamente se trataba de un hombre, tanto como cualquiera de nosotros, en sus deseos y sentimientos; y, en seguida, que no hay nada en contradicción con el espíritu del Evangelio, nada incongruente con la plenitud del amor cristiano, en tener nuestros sentimientos dirigidos de forma especial hacia ciertos objetos, hacia aquellos a los que las circunstancias de nuestra vida pasada, o algunas peculiaridades de nuestra personalidad, han hecho ganar nuestro cariño.

Ha habido personas del pasado que suponían que el amor cristiano era tan difusivo como para no admitir la posibilidad de que se concentrara en personas particulares,

¹ Newman, *Parochial and Plain Sermons* 2, s. 5, Longmans, Green, and Co., London, 1908, pp. 51–60 [n. 326, 27 de diciembre de 1831. En la fiesta de san Juan, evangelista]. Traduce: The Newman Society

puesto que debemos amar a todos los hombres por igual. Y son muchos los que sin pretender ofrecer teoría alguna consideran, sin embargo, que en la práctica amar a muchos es superior que amar a uno o dos, y descuidan la caridad en la vida privada, mientras se ocupan en proyectar una benevolencia generalizada, o de llevar a cabo la unión y conciliación general entre los cristianos. Yo debo sostener aquí y ahora, en oposición a tales formas de concebir el amor cristiano y con el modelo de nuestro Salvador ante mí, que el mejor entrenamiento para amar al mundo en general y amarlo sabiamente como es debido, es cultivar una íntima amistad y cariño hacia aquellos que tenemos a nuestro alrededor.

Este ha sido el proyecto de la Divina Providencia: fundar lo bueno y verdadero de la religión y la moral sobre la base de nuestros afectos naturales. Aquello que, siguiendo los impulsos y deseos de nuestra infancia, seamos hacia nuestros amigos de la tierra, eso mismo seremos hacia Dios y hacia los hombres en el extenso campo de nuestras obligaciones como sujetos responsables. Honrar a nuestros padres es el primer paso para honrar a Dios; amar a nuestros hermanos carnales, el primer paso para considerar como hermanos a todos los hombres. Por eso dice nuestro Señor que si queremos ser salvados, debemos llegar a ser como niños pequeños. Como hombres, debemos llegar a ser en su Iglesia, lo que una vez fuimos en el pequeño círculo de nuestro hogar de juventud. Considera cuantas virtudes se fundamentan sobre nuestros afectos naturales. ¿Qué otra cosa es la magnanimidad cristiana, la abnegación generosa, el desprecio de la riqueza, la tolerancia al sufrimiento, y la ferviente lucha para conseguir la perfección, sino el desarrollo y transformación, bajo el influjo del Espíritu Santo, de esa personalidad natural que tachamos de “romántica”? ¿Qué es, por otra parte, el odio instintivo, la abominación al pecado –que poseen los cristianos convencidos–, su insatisfacción respecto de sí mismos, su buen gusto generalizado, su criterio y prudencia, sino el perfeccionamiento de su sensibilidad y delicadeza naturales, de su miedo al dolor y sentido del pudor, bajo la acción del mismo Espíritu? Mediante una disciplina adecuada se han enseñado a gobernarse a sí mismos y ahora asocian la noción de pecado con una aguda sensación de incomodidad y molestia. Y de ese modo, el amor a nuestros hermanos cristianos y al mundo en general es una nueva manifestación del amor a parientes y amigos, que por lo menos tiene esta función en caso de que no tuviera otra: es la rama natural de la que surge un fruto espiritual.

Pero de nuevo, el amor a nuestros amigos particulares es el único ejercicio que nos prepara para amar a todos los hombres. El amor a Dios no es lo mismo que el amor a nuestros padres, por similar que pueda ser; pero el amor a la humanidad en general debe ser en gran medida el mismo hábito que el amor de nuestros amigos, solo que ejercido



Vigilia de oración con los jóvenes, Catedral de Westminster (2019).

hacia objetos distintos. La gran dificultad en nuestros deberes religiosos es su extensión. Lo cual asusta y deja perplejos a los hombres, naturalmente de modo especial a aquellos que han descuidado la religión por un tiempo, y a quienes sus implicaciones se les revelan de golpe. Esta es, por ejemplo, la gran desgracia de retrasar el arrepentimiento hasta que un hombre se encuentra débil o enfermo: no sabe cómo ponerse manos a la obra. Ahora bien, la misericordiosa Providencia de Dios nos ha dado un pista al reducir en un principio en el curso natural de las cosas este amplio campo de deberes. Debemos comenzar amando a nuestros amigos que tenemos cerca, e ir ampliando gradualmente el círculo de nuestros afectos, hasta que abarque a todos los cristianos y luego a todos los hombres. Aunque en un sentido estricto y verdadero es imposible obviamente amar a todos los hombres. Lo que significa amar a todos los hombres es cultivar una buena disposición hacia todos ellos, estar disponible para socorrerlos y actuar con los que se crucen en nuestro camino tal como si los amáramos. No podemos amar a aquellos a los que no conocemos, a menos que los veamos en Cristo, como destinatarios de su Redención, es decir, más por la fe que por amor. Y además, el amor es un hábito, y no puede obtenerse sin una práctica concreta, lo que resulta imposible a tan gran escala. Vemos entonces lo absurdo que resulta cuando los escritores –como es el caso de algunos que desprecian el Evangelio– hablan de forma grandilocuente de amar a todo el género humano con un amor que los incluya a todos, de ser amigos de toda la humanidad, y cosas por el estilo. ¿A qué vienen tan ostentosas afirmaciones? Ponen de manifiesto que tales hombres poseen

ciertos sentimientos benévolos hacia el mundo –sentimientos nada más–; nada más que sentimientos inestables, el mero fruto de una imaginación indisciplinada, que solo existe mientras dure la excitación de su mente, pero que pueden estar seguros que les abandonará en el momento de la necesidad. Esto no es amar a los hombres, sino solo hablar de amor. El amor verdadero depende de la práctica y, por tanto, debe comenzar por ejercitarse con nuestros amigos que tenemos al rededor, de lo contrario no existe realmente. Es tratando de amar a nuestros parientes y amigos, cediendo a sus deseos, aunque sean contrarios a los nuestros; soportando sus flaquezas; superando con amabilidad sus despistes ocasionales; concentrándonos en sus cualidades, y tratando de imitarlas; así es como iremos formando en nuestros corazones esa raíz de caridad, la cual, aunque pequeña al principio, puede al final, como la semilla de mostaza, ofrecer sombra incluso a toda la tierra. Los que hablan presuntuosamente de filantropía, de los que acabo de hablar, muestran la superficialidad de sus declaraciones, al mostrarse malhumorados y crueles en las relaciones de su vida privada, que parecen considerar como temas que no merecen su atención. Muy diferente en verdad, muy diferente, absolutamente el polo opuesto de esa benevolencia fingida –a menos que sea una especie de falta de respeto comparar a esos ilusos con el gran Apóstol, cuya memoria estamos celebrando el día de hoy– fue su elevada e iluminada compasión hacia todos los hombres. Todos sabemos que es notable por sus afirmaciones acerca del amor cristiano: «Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios habita en nosotros, y podemos decir que su amor ha llegado en nosotros a la perfección. Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn. 4, 7, 12, 16). Ahora bien, ¿comenzó él mediante un gran esfuerzo orientado a amar a gran escala? No, tuvo el inefable privilegio de ser el amigo de Cristo. Así fue formado en el amor a los demás: primero su afecto se concentró; luego se expandió. Después tuvo el solemne y reconfortante encargo de atender a la Madre de nuestro Señor, la Santísima Virgen, tras la partida de éste. ¿Acaso no descubrimos aquí las fuentes secretas de su amor especial por los hermanos? ¿Podría él, que fue primero favorecido con el afecto de su Salvador y luego confirmado en el oficio de Hijo en relación con la Madre de Jesús, ser otra cosa que un memorial y modelo –hasta donde un hombre puede llegar a serlo– de amor, profundo, contemplativo, ferviente, sereno e ilimitado?

Además, ese amor a los amigos y las relaciones que la naturaleza prescribe es también útil para que el cristiano de forma y dirección a su amor por la humanidad en general, y para que lo haga de forma inteligente y prudente. Un hombre que quisiera comenzar por un amor general hacia todos los hombres, los pone a todos necesariamente al mismo nivel y, en lugar de ser en su benevolencia cauto, prudente y compasivo, es

apresurado y rudo; hace daño, quizá pensando que hace el bien, desalienta a los virtuosos y bien intencionados, y hiere los sentimientos de los mansos. Los hombres de espíritu ambicioso y ardiente, por ejemplo, deseosos de hacer el bien a gran escala, están expuestos de modo especial a la tentación de sacrificar en sus proyectos caritativos el bien individual en función del general. Los hombres sin la suficiente formación, que tienen arraigadas nociones abstractas sobre la necesidad de manifestar generosidad y franqueza hacia los oponentes, a menudo se olvidan de pensar en aquellos con los que están vinculados; y comienzan su trato generoso –como ellos lo llaman– hacia sus enemigos, mediante un cruel abandono de sus amigos. Cosa que difícilmente sucede cuando los hombres cultivan la caridad en el trato personal como introducción a otras expresiones mayores de ella. Colocando como cimiento una amabilidad social, aprendemos casi sin darnos cuenta a observar una debida armonía y orden en nuestra caridad; nos hacemos conscientes de que no podemos situar a todos los hombres al mismo nivel; que los intereses de la verdad y la santidad deben ser observados religiosamente; y que la Iglesia posee ciertas prerrogativas sobre nosotros antes que el mundo. Fácilmente podemos darnos el lujo de ser generosos a gran escala, cuando no tenemos algún afecto que se interponga en el camino. Aquellos que no se han acostumbrado a amar al prójimo, a quien han visto, no tendrán nada que perder o ganar, nada de qué afligirse o regocijarse, en sus amplios proyectos de benevolencia. No se interesarán por los otros en función del provecho de éstos; sino más bien se involucrarán porque la conveniencia lo exige o por el crédito que se obtiene, o porque en ello encuentran una excusa para estar ocupados. A partir de aquí podemos discernir como es que la virtud personal es el único fundamento sólido para la virtud pública; y que ningún bien general debe esperarse de hombres que no tienen ante sus ojos el temor de Dios, por más que de vez en cuando algo puedan aportar.

Hasta este momento he considerado el cultivo de los afectos domésticos como la fuente de un amor cristiano más amplio. Si el tiempo lo permitiera, podría pasar ahora a mostrar además que ello implica un entrenamiento real y exigente. Nada es más a propósito para engendrar hábitos egoístas –que es lo más opuesto y la negación de la caridad–, que la desvinculación respecto a nuestras circunstancias mundanas. Los hombres que no poseen en ellos ningún vínculo, que no son llamados a mostrar ternura y simpatía en su día a día, que no tienen que considerar la comida de ningún otro, que pueden ir y venir como les plazca, y que pueden dar rienda suelta a su gusto por la variedad y turbulencia de cambiantes estados de ánimo, tan familiares para la mayoría de los hombres, se encuentran en una posición muy desfavorable para obtener ese don celestial que se describe en nuestra liturgia como «el vínculo mismo de la paz y de todas

las virtudes». Por otro lado, no puedo imaginar algún estado de vida más favorable para el ejercicio de los más elevados principios cristianos, y para el espíritu cristiano maduro y educado –es decir, donde cada uno busca realmente cumplir con su deber–, que el de las personas que difieren en gustos y carácter en general, estando obligados por las circunstancias a vivir juntos y a adaptarse mutuamente a los respectivos deseos y propósitos de los demás. Y este es uno entre los muchos beneficios providenciales –para aquellos que lo acogen– del sagrado estado del Matrimonio; el cual no solo apela a los sentimientos más tiernos y gentiles de nuestra naturaleza, sino que, cuando las personas cumplen con su deber, debe ser más o menos, en varios sentidos un estado de abnegación.

Y también podría pasar a considerar las obras personales de caridad, que han sido el tema hasta ahora, no solo en cuanto fuente y entrenamiento del amor cristiano, sino además como la perfección del mismo, tal como es en algunos casos. Los antiguos pensaban tanto en la amistad al grado de hacer de ella una virtud. Desde el punto de vista cristiano no es exactamente así, pero constituye a menudo indirectamente una prueba especial de nuestra virtud. Considerémoslo: digamos que este hombre y aquel, sin estar ligado por ningún lazo obligatorio, encuentran su mayor gusto en vivir juntos; decir que esto se desarrolla por años, y que cada uno amá más la unión con el otro, a medida que más la disfruta. Observemos ahora lo que está implícito en ello: los jóvenes, de hecho, se aman mutuamente con facilidad, porque son alegres e inocentes, con mayor facilidad ceden entre ellos, y están rebosantes de esperanza. Son, como dice Cristo, el modelo de una verdadera conversión. Pero esa felicidad no perdura; sus gustos cambian. Y también, hay personas maduras que siguen siendo amigos durante años, pero sin que ellos vivan juntos; y, si por alguna circunstancia se ven obligados a convivir familiarmente por un tiempo, les resulta difícil controlar su temperamento y mantenerse en buenos términos, y descubren que son los mejores amigos pero a distancia. Pero, ¿qué es lo que puede mantener juntos a dos amigos en íntima confianza durante el curso de los años, sino la participación común in algo que es esencialmente Bueno e Inmutable? ¿Y qué lo puede ser sino la religión? Solo los sentimientos religiosos son inalterables. Los Santos de Dios continúan por el mismo camino, mientras las modas del mundo cambian; y una amistad fiel e indestructible puede ser una confirmación para ambos, de que así como se aman mutuamente también posean el amor de Dios asentado en lo profundo de sus corazones. No se trata, ciertamente de una prueba infalible; porque pueden tener unas disposiciones notablemente parecidas o estar fascinados por alguna cosa de este mundo, de tipo literario o de otro cualquiera; pueden verse alejados de la tentación de hacer cambios, o poseer un temperamento naturalmente sobrio, que les hace permanecer contentos



Miembros de la Newman Society y del grupo Cor ad cor delante de la Torre de Londres

dondequiera que se encuentren. No obstante, bajo ciertas circunstancias es una muy viva muestra de la presencia de la gracia divina en ellos; y siempre es una especie de símbolo de ésta, porque hay a primera vista algo de la naturaleza de la virtud en la noción misma de constancia, siendo el disgusto por el cambio no solo la característica de un espíritu virtuoso, sino en cierto sentido la virtud misma.

Y ahora que he sugerido un tema de reflexión para la fiesta de hoy –y ciertamente un tema muy práctico, si consideramos cuan extensa es la porción de nuestros deberes que tiene lugar en casa–. Si Dios nos enviara al mundo a predicar, claro que debemos obedecer a su llamada; pero por ahora, vamos haciendo lo que nos corresponde aquí y ahora. Hijitos, vamos amándonos los unos a los otros. Seamos mansos y amables; pensemos antes de hablar; tratemos de acrecentar nuestros talentos en la vida privada; hagamos el bien, sin esperar recompensa, y evitando toda ostentación ante los hombres. Bien puedo exhortarlos en esta época, habiendo tomado parte recientemente en el Santísimo Sacramento, que nos une en el amor mutuo y nos da la fuerza para practicarlo. No olvidemos la promesa que entonces hicimos, o la gracia recibida en ese momento. No

nos pertenecemos; somos comprados con la sangre de Cristo, somos consagrados para ser templos del Espíritu Santo, un privilegio indescriptible, lo suficientemente pesado como para sumergirnos en la vergüenza de nuestra indignidad, si al mismo tiempo no nos ofreciera el auxilio que nos fortalece para soportar su alto precio. ¿Qué vivamos a la altura de nuestra vocación, y hagamos en nuestra propia persona aquello que suplica y nos enseña la Iglesia!

PREPARACIÓN PARA EL JUICIO²

“Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos, porque muchos son los llamados pero pocos los escogidos”
(Mt. 20, 16)

Estas son las palabras con las que termina el evangelio del día de hoy, que nos presenta la parábola de los trabajadores congregados en la viña. En dicha parábola, como ustedes saben de sobra, queridos hermanos, el patrón invita a su viña a tantos trabajadores cuantos puede reunir. Los llama en diferentes momentos, algunos por la mañana, otros al medio día, y unos más ya muy cerca del atardecer. Cuando está a punto de caer la noche envía al administrador a que los convoque a todos para entregarles el salario por el día que ha transcurrido. Es muy claro lo que todo ello significa: el dueño de la Viña es nuestro Salvador y Señor, nosotros somos los trabajadores, la noche es la hora de la muerte, cuando cada uno de nosotros ha de recibir la recompensa de su trabajo, si es que nos hemos hecho merecedores de ella.

Hay en la parábola muchas otras cuestiones, pero no me voy a detener en los detalles. Me limito al panorama general que acabo de trazar, y a las palabras con que concluye: «Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos, porque...».

La hora de la muerte queda muy bien descrita como un atardecer. Hay en la noche un toque de calma y solemnidad que representa adecuadamente el momento de la muerte. ¿Cuán peculiar y distinto a todo lo demás resulta un atardecer de verano, en el cual, tras la intensidad y el calor del día, después del trabajo, del esfuerzo, o haber andado de un lado para otro, simplemente dejamos todo aquello y por algunos minutos disfrutamos de la gratificante sensación que proporciona el descanso. Esto se experimenta

² Newman, J., *Faith and Prejudice. Catholic Sermons of Cardinal Newman*, s. 2, Hope press, 2022, pp. 29–35 [20 de febrero de 1848. Domingo de Septuagésima]. Traduce: The Newman Society.

de forma especial en el campo, en donde la noche tiende a llenarnos de paz y tranquilidad. Todo contribuye a pacificarnos y a que seamos más profundos: la luz menguante, el reposo de los ruidos, los dulces olores producidos quizá por los árboles o las plantas que nos rodean, el solo hecho de descansar y la consciencia de que está cayendo la noche. Ah! ya se que en personas de actitud mundana todo ello produce un efecto muy diferente, y que mientras a otros hombres la calma de la noche les eleva al amor de Dios y de Cristo, y al pensamiento de las cosas del cielo, a ellos les induce a considerar el mal y a incurrir en el pecado. Pero yo estoy hablando de aquellos que viven orientados hacia el Señor y hacen un esfuerzo por elevar su corazón hacia las cosas del cielo, y lo que digo es que tales personas no encuentran en la quietud de la noche sino un impulso hacia una devoción más fuerte y hacia una mayor renuncia a las cosas del mundo. No hace otra cosa más que hacerles presente el descenso de la muerte, y les mueve a morir cada día junto con el Apóstol. El atardecer es el tiempo para las visitas divinas. Después del pecado en el jardín, el Señor Dios visitó a Adán en el frío del ocaso. Por la noche el patriarca Isaac salió a meditar en el campo. Al caer la tarde se manifestó el Señor a sí mismo a los dos discípulos que volvían a Emaús. También al atardecer se apareció a los once, sopló sobre ellos, les dió el Espíritu Santo y les otorgó el poder de perdonar y retener los pecados.

Pero incluso en la ciudad la noche es un momento de tranquilidad. Es relajante encontrarse al final de una semana, habiendo concluido el trabajo, con el día de descanso delante de nosotros. La noche resulta reconfortante incluso en el mismo día de descanso, por más que a la mañana siguiente nos espere una jornada de trabajo. Es este un sentimiento peculiar, del que la mayoría podría ser testigo, que prefigura adecuadamente ese momento terrible en que nuestro trabajo habrá terminado y tendremos descanso de nuestras labores.



Aquel, sin embargo, será de manera especial nuestro ocaso, cuando el largo día de la vida termina y la eternidad está a la puerta. El hombre se dirige a su trabajo y a sus labores hasta el atardecer, y entonces sobreviene la noche y ya nadie puede trabajar. Hay algo indescriptiblemente solemne y sobrecogedor en ese momento en el que nuestro trabajo está hecho e irrumpe el juicio. Oh, hermanos míos, tarde o temprano cada uno de nosotros llegará a ese momento conforme a su turno. Cada uno de nosotros hemos de llegar al ocaso de la vida. Cada uno ha de arribar a la eternidad, de llegar a aquella quietud, hora terrible en que nos presentaremos delante del Señor de la viña, y responderemos por las obras que hicimos mientras estábamos en el cuerpo, sean éstas buenas o malas. A eso, mis queridos hermanos, tendrán que someterse. Cada uno de nosotros deberá someterse al juicio particular, y este será el momento del más grande silencio, el más terrible que alguna vez pudieras experimentar. Ese será el momento temido de expectación, donde tu destino eterno está en la balanza, cuando estás a punto de ser enviado en compañía de los santos o entre los demonios, sin que haya posibilidad de volver atrás. Ya no es posible cambio alguno, ni la decisión puede ser revocada. Lo que se decida en ese juicio se mantendrá por los siglos de los siglos. Tal es el juicio particular. El juicio universal al fin del mundo tendrá lugar ante la imponente mirada de todos, y estará invadido con el tremendo resplandor del Juez. Sonará la trompeta del Arcángel y el Señor descenderá luminoso desde el cielo. Las tumbas se abrirán. El sol y la luna se oscurecerán, y esta tierra perecerá. Esta no será la hora del atardecer, sino que por el contrario será como una tempestad a media noche. Pero la parábola del evangelio habla del atardecer, y la caída de la noche significa no el fin del mundo, sino la hora de la muerte. Y en realidad es probable que, aun en medio de las diferencias, sea tan abrumador ese juicio personal en el que el alma se presentará ante su Creador para responder de sí misma. ¿Quién podrá decir cuál juicio es más impresionante, el discreto juicio personal o la pública venida gloriosa del Juez? Lo más terrible, y que de hecho ocurrirá primero, será ciertamente encontrarnos por nosotros mismos, uno por uno, en su presencia, y de la manera más viva tener que hacer presentes ante nosotros todos los pensamientos, palabras y andanzas de la vida pasada. ¿Quién será capaz de soportar la vista de sí mismo? Y todavía nos veremos obligados a mirarnos y confrontarnos firmemente a nosotros mismos. En esta vida somos privados de un conocimiento real de nosotros mismos. Pero entonces, no solo alguna falta, sino todos los defectos de nuestro carácter, desde los más secretos hasta los más evidentes, se pondrán de manifiesto. Veremos todo lo que aquí intentábamos evadir, y muchísimas cosas más. Y entonces, cuando nos encontremos ante la plena visión de nosotros mismos, ¿quién no deseará haberse conocido aquí mejor a sí mismo, en lugar de haberlo postergado para el día en que súbitamente se le habría de revelar absolutamente todo?

No estoy hablando solo de los malos, sino más bien de los buenos. Aquellos que, sin embargo, hayan muerto en el descuido del bien, tendrán delante de sí un espectáculo terriblemente insoportable, y no dispondrán de mucho tiempo para contemplarlo, en silencio, porque serán arrojados con prontitud a su castigo. Pero yo me refiero a las almas santas, a aquellos que serán salvados, y lo que digo es que la visión de sí mismos será para ellos intolerable, y que será un motivo de tormento para ellos el contemplar lo que realmente son y los pecados en que lograron engañarse incluso a sí mismos. He aquí la razón por la que algunos escritores han dicho que su horror será tal que por su propia voluntad y por una santa indignación en contra de sí mismos, estarán dispuestos a sumergirse en el purgatorio para dar satisfacción a la justicia divina y para poner de manifiesto lo que a su propio criterio y a juicio de su espíritu es tan abominable. No nos damos cuenta el terrible mal que representa el pecado. No sabemos lo sutil y penetrante que puede resultar. Nos circunda en derredor y penetra por cada una de nuestras articulaciones o mejor dicho por cada uno de nuestros poros. Es como un polvo que todo lo cubre, profanando cada uno de nuestros miembros y exigiéndonos una continua vigilancia, una limpieza permanente. Solo el cumplimiento de nuestros deberes ya es motivo para que nos cubramos de ese miserable polvo y suciedad. Mientras trabajamos en la viña del Señor y hacemos su voluntad, y aunque hagamos el bien en los asuntos importantes, por la debilidad de nuestra naturaleza pecamos en asuntos sin importancia, de modo que cuando cae la noche, no obstante todo nuestro cuidado, a pesar de los sacramentos de la Iglesia y aun con nuestras oraciones y nuestros actos de abnegación, nos encontramos cubiertos por el calor y la suciedad del día.

Digo que este es el caso incluso de personas religiosas que han trabajado en la salvación de su alma; y, sin embargo, ¿cuán miserable será la situación de aquellos que nunca han cultivado pensamientos religiosos! Hay personas, por ejemplo, que son incapaces siquiera de pensar en lo que sea, que no pueden soportar ni siquiera una hora de reflexión en silencio. Para muchos hombres sería un grandioso castigo el verse obligados a pensar en sí mismos. A muchos les gusta vivir como en un torbellino, a la espera de algo que mantenga ocupada su mente, y les permita evadir el pensar en sí mismos. Cuántos, por ejemplo, emplean todo su tiempo libre en considerar únicamente las noticias del día. A uno le gusta leer las publicaciones periódicas, saber qué es lo que sucede en los cuatro polos de la tierra. Llena su mente con asuntos que no tienen nada que ver con él, o que lo tienen pero solo en lo que respecta a su bienestar material; con lo que tiene relación a lo que sucede en distintas partes de Inglaterra, lo que ocurre en el Parlamento, lo que acontece en Irlanda, o lo que pasa en el continente; es más, se entretiene en asuntos de escasa importancia, en lugar de considerar el pensamiento que



Arriba: Cementerio de los oratoria nos en Rednal, Birmingham, donde Newman fue sepultado.

Abajo: Iglesia construida por Newman en Littlemore, en el cementerio se encuentra sepultada la mamá de san John Henry.

habrá de venir sobre él si no antes, al menos en el atardecer de su vida y cuando se presente ante su Juez. Hay otros llenos de proyectos para producir dinero; sean ellos llamativos o modestos, ese es su propósito, codician la riqueza y viven con el pensamiento de cómo obtenerla. Están atentos para los descubrimientos y desarrollos en su campo específico y nada más allá de eso. Compiten unos con otros. Es como si estuviesen en una

carrera de unos contra otros, no en una carrera hacia el cielo, tal como el Apóstol que corría para conquistar una corona incorruptible, sino una rastrera carrera terrena, intentando cada uno por todos los medios a su disposición distanciarse de sus vecinos en lo que se llama la consideración por parte del público, haciendo de esto su objetivo; sin considerar en absoluto la religión. Y otros asumen alguna doctrina, ya sea política, económica o filosófica, y gastan sus vidas en función de ella; dedicándose a promoverla por todas las vías a su alcance. Hablan, escriben, trabajan por un objetivo que perecerá con este mundo, que no puede pasar con ellos más allá de la tumba. Dice el santo apóstol «Bienaventurados aquellos que mueren en el Señor, porque sus trabajos los preceden» (Ap. 14). Las buenas obras nos acompañan, las obras malas nos acompañan, pero todo lo demás no vale nada, todo lo demás no es más que paja. La vorágine y la danza de los asuntos mundanos es como el torbellino de la paja o el polvo, nada sale de él; dura todo el día, pero ya no se le encuentra por la noche. Y, sin embargo, cuántas almas inmortales gastan su vida en nada mejor que embriagarse con ese remolino de política, de partido, de facción religiosa, o de búsqueda de riqueza, del que nunca podrá salir nada.

Observen que en la parábola el Señor de la viña no hizo más que una cosa: le dijo a su siervo que «llamara a los trabajadores y les entregara su salario». No hizo otra cosa más que preguntar qué es lo que habían hecho. No preguntó cuál era su opinión sobre la ciencia, o del arte, o acerca de los medios para obtener riqueza, o de los asuntos públicos; no les preguntó si conocían la naturaleza del vino para el que habían estado trabajando. No se les exigió que conocieran cuantas clases de vides existen en el mundo, y en qué países pueden crecer y en cuales no. No fueron requeridos para dar su opinión sobre cuáles suelos son mejores para las vides. No fueron examinados acerca de los minerales, o de los arbustos, o alguna otra cosa que se encontrara en la viña. Esta fue, por el contrario, la única cuestión: si acaso habían estado trabajando en la viña. Lo primero era que estuvieran en la viña, después debían trabajar en ella. Estos eran los dos requisitos. Lo mismo sucederá con nosotros después de la muerte: cuando lleguemos a la presencia de Dios seremos interrogados sobre dos cosas: si estuvimos en la iglesia, y si hemos trabajado en la iglesia. Todo lo demás carece de importancia. Ya sea que hayamos sido ricos o pobres, o si hemos sido instruidos o incultos, afortunados o afligidos, ya sea que hayamos estado enfermos o sanos, que hayamos tenido prestigio o carecido de él, todo esto está lejos del asunto de aquel día. La única pregunta será si somos católicos y si somos buenos católicos. Si no lo hemos sido, de nada servirá que hayamos sido tan elogiados aquí, tan exitosos, que hayamos tenido tan buen nombre. Y en caso que lo hayamos sido, carecerá de importancia el que hayamos sido siempre tan despreciados, tan pobres o tan duramente atribulados, tan turbados o tan desprovistos de influencia. Cristo

nos recompensará todo, si le hemos sido fieles; y nos lo quitará todo, si hemos vivido para el mundo.

Entonces se cumplirán las terribles palabras de la parábola. Muchos que son últimos serán los primeros, porque muchos son los llamados pero pocos los escogidos. Entonces también se pondrá de manifiesto cuántos han recibido la gracia y no le han sacado provecho. Ese día se verá cuántos fueron llamados, llamados por el influjo de la gracia de Dios, llamados a la Iglesia, pero cuan pocos tienen un lugar preparado en el cielo. Se verá cuántos resistieron su conciencia, resistieron el llamado de Cristo a seguirlo, y por eso están perdidos. Este es el día tanto de la gracia divina como de la paciencia. Dios da su gracia y es paciente con nosotros, pero cuando llega la muerte, no hay ya más tiempo ni para la gracia ni para la paciencia. La gracia se ha agotado, la paciencia se ha agotado. No queda sino el juicio, un juicio terrible sobre aquellos que hayan vivido en la desobediencia.

¡Vaya espectáculo! ¡Vaya espectáculo tan impredecible el del último día en el juicio universal en que se ha de efectuar la revelación de todos los corazones! ¡Cuán diferentes se verán las personas de lo que parecen ahora! ¡Hasta qué punto los últimos serán primeros, y los primeros últimos! En ese día aquellos a quienes el mundo admiraba serán humillados, y serán exaltados aquellos que eran poco estimados. Entonces quedarán al descubierto los verdaderos impulsores de los asuntos del mundo: aquellos que sostuvieron la causa de la Iglesia o que influyeron en la suerte de los imperios no fueron los grandes ni los poderosos, ni aquellos cuyos nombres son de sobra conocidos en el mundo, sino los humildes y despreciados seguidores del Cordero, el santo apacible, el hombre lleno de plegarias y buenas obras ante quien el mundo pasó de largo; la muchedumbre escondida de testigos santos cuya voz ascendía hasta Cristo día tras día; los que sufrían, cuya vida parecía no tener sentido; los pobres a los que el mundo orgulloso consideraba una carga y una amenaza. Cuando llegue ese día, hermanos míos, que resulte bueno para cada uno de ustedes, y que la bendición de Dios...

Devoción y favores

MEDITACIÓN PARA LA FIESTA DE SAN JOHN HENRY (2022)

«A cuantas cosas he renunciado, cosas que yo amaba y estimaba y pudiera haber retenido, de no haber amado más la sinceridad que el nombre, y la verdad más que a queridísimos amigos»³

La Iglesia ha establecido la fiesta de san John Henry Newman en un día de lo más memorable: el 9 de octubre. Transcurría el año de 1845 cuando precisamente en esa fecha fue recibido en el seno de la Iglesia Católica. Visiblemente conmovido y entre lágrimas había solicitado del Beato Domingo de Barberi que escuchara su confesión general y fuera testigo de su profesión de fe. Newman se encontraba exactamente a la mitad de su peregrinación en este mundo. Su conversión no constituyó un momento aislado sino que fue el desenlace de un larguísimo camino interior y representó el inicio de un nuevo itinerario; en realidad puede decirse que toda su vida fue un proceso continuo de conversión, ya que incluso «el cristiano más perfecto no puede ser a sus propios ojos más que un principiante, un penitente pródigo que ha derrochado los dones de Dios, y que vuelve a Él para que le de otra oportunidad»⁴.

Mientras permanezcamos en esta vida y no abandonemos el combate, estaremos, «siempre recomenzando»⁵; no existe algo así como un día en que estrenamos una vida del todo desvinculada respecto del mundo y del egoísmo: «No se piense que existe un momento claramente marcado en la vida en que empezamos a buscar a Dios y a servirle fielmente... El Espíritu Santo se abaja a rogarnos de continuo, y lo que no consigue en un momento dado de nosotros, lo logra en otro»⁶. La conversión «es una tarea que no se acaba nunca, algo inconcluso, tanto por su intrínseca imperfección como por las constantes ocasiones que surgen para realizarla. Pecamos de continuo; tenemos que renovar siempre el dolor y el propósito de obedecer, volviendo siempre a la confesión y pidiendo perdón a Dios»⁷.

La vida cristiana no consiste en una marcha triunfal, sino en un duro combate, un camino por el que tenemos que ir cargando con el peso de nosotros mismos. La vida y

³ San John Henry Newman, *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, BAC, Madrid, 2011, XXXVIII.

⁴ San John Henry Newman, *Parochial and Plain Sermons* 3 (n. 318, 20-XI-1831), s. 7, p. 105.

⁵ *Íb.*, p. 104.

⁶ *Íb.*, p. 104.

⁷ *Íb.*, pp. 104-105.

enseñanzas de san John Henry Newman nos muestran que la verdadera altura de nuestra vida, se mide en esa capacidad de permanecer y volver a intentarlo aun después de haber caído muchas veces: «Lo mejor que puede decirse de la raza de Adán, caída y redimida, es que reconocen su caída, se culpan de ella, e intentan recuperarse»⁸. Cada uno está llamado a aprender, a costa suya, la humildad, y hacer de la obediencia su camino cuando Dios permite que constatemos nuestra propia debilidad e imperfección: «No siempre he pensado así, nunca había rezado para que tú me guiaras. Me gustaba decidir por mí mismo... amaba los días de triunfo y, a pesar de los temores, el orgullo sedujo mi voluntad, **¡No** recuerdes el pasado!» Por eso, pedía con toda la humildad: «pero ahora, **¡Guíame** tú! Entre las tinieblas espesas, **¡Guíame** tú! No pido ver la escena distante, me basta el siguiente paso!»⁹. Podemos decir que la fidelidad a la luz amable de la conciencia fue la brújula que guió a san John Henry en ese proceso. El suyo fue un camino de gran sinceridad que implicó enormes heroísmos: «Siempre tuve la honda convicción, por decirlo burdamente, de que la honestidad era la mejor táctica»¹⁰, pues «en este mundo no hay otra fuerza que el compromiso con la razón ni otra libertad que sentirse cautivos de la verdad»¹¹.

San John Henry nos enseña que vivir es debatirse entre la fuerza del impulso y la suave atracción que ejercen la conciencia y sus nobles sugerencias: «**¡Lucha**, no cedas, no te canses de volver a intentar de nuevo cada vez! Con la ayuda de Dios y tu esfuerzo lograrás la victoria sobre ti mismo y sobre el mundo», «comienza por cosas pequeñas y al final, con la ayuda de la gracia, llegarás a santo. No de golpe, sino poco a poco: mediante la humildad, la paciencia, la confianza en Dios, el recuerdo de que estamos en su presencia y el agradecimiento de sus favores»¹², nos dice hoy a todos nosotros. En su caso supuso no solo muchos sacrificios, sino también una gran humildad; esa actitud que él mismo calificaba como «el arrepentimiento más noble, la conducta más decorosa», la cual supone «una rendición incondicional de sí mismo a Dios; no un regateo sobre las condiciones, no planear por sí mismo la manera de ser salvado... sino la rendición total de sí mismo, sin saber que será de uno»¹³. Las renunciaciones que tuvo que aceptar implicaron para él perderlo todo, más aún perderse a sí mismo: abandonar casi todo lo que le era más querido y apreciado, sus bienes y su profesión, su título académico, los vínculos familiares

⁸ *Ib.*, p. 104.

⁹ San John Henry Newman, *Verses on Various Occasions*, p. 156-157.

¹⁰ *Apología*, cit. p. 91

¹¹ *Perder y ganar, historia de una conversión*, Encuentro, Madrid, 2009, p. 49.

¹² San John Henry Newman, *Sermones católicos*, s. 4, p. 79.

¹³ *PPS*, cit. p. 109.



Misa en honor de san John Henry Newman presidida por el Cardenal Nichols, Oratorio de Birmingham.

y a sus amigos de toda la vida. Más todavía, le imponía aceptar el que su mensaje no fuera comprendido ni por anglicanos ni por católicos, y vivir en la humildad y la oscuridad de la obediencia, con una vida llena de incomprensión, de marginación y de “fracasos” apostólicos. Por eso con justa razón el Papa san Pablo VI lo consideraba un verdadero mártir¹⁴.

Esto último encierra para nosotros todavía otra orientación decisiva: La fidelidad a la conciencia no nos aísla ni nos encierra en nosotros mismos, conciencia no significa el dominio del capricho y de la arbitrariedad, como pretende una buena parte del pensamiento moderno. Según esta concepción por conciencia se entiende el ámbito de lo subjetivo, allí donde cada uno es el único juez y nadie puede pretender que existan criterios objetivos. Para Newman, por el contrario, la conciencia es el órgano que permite al ser humano salir del solipsismo y la autoreferencialidad. Uno se puede convertir, obedeciendo la voz de su conciencia, porque esta le conecta con las realidades objetivas en lo que se refiere a las exigencias religiosas y morales. Newman siempre supo que Cristo había fundado a la Iglesia para prestar un insustituible servicio a la conciencia, ofreciéndole esos puntos de referencia que necesita para no perderse en las arenas movedizas del capricho y la arbitrariedad. A través del estudio de los Padres de la Iglesia hizo un descubrimiento de enorme trascendencia, que le puso en el lecho de muerte de su pertenencia a la comunión anglicana¹⁵; gracias a ellos y totalmente en contra de lo que esperaba, tuvo que reconocer a Iglesia Católica como la verdadera Iglesia de Cristo. A esto se refería cuando decía que «los Padres de la Iglesia lo habían hecho católico»¹⁶. Resulta difícil describir el dolor que suponía dejar la comunidad en la que no solo había crecido y de la que tanto había recibido, sino a la que pertenecían también las personas que le eran más cercanas y amadas. Pero él no se pertenecía, había sido expropiado, comprado por la sangre de Cristo¹⁷: Dios podía hacer con Él lo que quisiera, puesto que todo lo tenía por pérdida con tal de ganar a Cristo¹⁸.

A propósito comentó en un sermón de 1848: «Cuántas almas inmortales gastan su vida en nada mejor que aturdirse en este torbellino de ideas y opiniones de las cuales no puede resultar nada... Observen que el amo de la viña solo hizo una cosa. Dijo a sus criados que convocaran a los trabajadores y les dieran su jornal... No les preguntó si

¹⁴ Cf. Guitton, J., *Diálogos con Pablo VI*, Encuentro, Madrid, 2014, p. 150-151.

¹⁵ *Apología*, cit., p. 120.

¹⁶ En la carta al Dr. Pusey escribió Newman: «Los Padres de la Iglesia me hicieron católico» (Carta al Dr. Pusey, p. 25; en: *La Bienaventurada Virgen María*, II, Hope press, 2022, p. 71).

¹⁷ Cf. 1 Cor 6, 20.

¹⁸ Cf. Fil 3, 8.

conocían la naturaleza del vino, para el cual habían estado trabajando, o cuántas clases de vinos hay en el mundo y en qué países se podría producir... No fueron llamados para que dieran su opinión acerca de qué suelos eran mejores para las viñas... la única pregunta fue si habían trabajado en la viña. En primer lugar, fue necesario que estuvieran en la viña; además, debían trabajar en ella. Así ocurrirá con nosotros después de la muerte. Cuando lleguemos a la presencia de Dios se nos preguntarán dos cosas: si estábamos en la Iglesia y si trabajábamos en la Iglesia... La única pregunta será: ¿sois católicos, y buenos católicos? Si no lo hemos sido, no valdrá nada que hayamos tenido aquí tantos honores, tanto éxito, tan buen nombre. Y si lo hemos sido, no importará nada que hayamos sido despreciados, pobres, oprimidos, atribulados y abandonados. Cristo nos compensará de todo si le hemos sido fieles, y nos lo quitará todo si hemos vivido para el mundo»¹⁹.

En este día tan importante para nosotros no solo pedimos, en sintonía con los últimos Papas, que Newman sea contado entre el número de los Doctores de la Iglesia²⁰, sino también que por su intercesión, de san José y, por supuesto, de la Bienaventurada



Celebración de los padres oratorianos de Birmingham en honor de san John Henry Newman.

¹⁹ *La preparación para el juicio*, en: *Sermones católicos*, cit., s. 2, pp. 66 - 67. En la sección "Maestro del espíritu" ofrecemos la traducción completa de este sermón.

²⁰ Tanto Pío XII, Pablo VI y Benedicto XVI hablaron de Newman como de «un gran doctor de la Iglesia».

Virgen María, nos sea concedida la gracia de una verdadera conversión, y un amor y fidelidad inquebrantables a Cristo y a su Iglesia.

GRACIAS OBTENIDAS

Nos limitaremos por ahora a enunciar algunos favores de los que hemos sido testigos o nos han sido comunicados, en espera de que sean las personas que los han recibido las que cuenten más detalles en posteriores ediciones del «Cuaderno sobre la vida y doctrina de san John Henry Newman».

1. Una pareja de esposos mexicanos, radicados en Estados Unidos, en dieciocho años de casados no habían podido tener hijos; diversos médicos habían coincidido y luego confirmado que sería imposible que los tuvieran. Habiéndose negado a recurrir a medios inmorales para tener hijos, estaban a punto de iniciar el proceso de adopción cuando ella quedó embarazada después de que junto con otros miembros de la familia estuvieran orando con insistencia pidiendo la intercesión de san John Henry Newman. Cuando se dio a conocer el milagro obtenido para Melissa Villalobos, la madre de familia entonces embarazada de su quinta hija a la que la intercesión de Newman alcanzó la curación, empezaron a orar con mayor intensidad. La pareja tuvo a su primer hijo en octubre de 2018, año en que Mons. Philip Egan, obispo de Portsmouth, dio a conocer que el Vaticano había aprobado el segundo milagro requerido para la canonización del Cardenal Newman. Luego vendría un segundo hijo, un tercero que ahora, tal como lo esperamos, se encuentra ya en el cielo gozando de la presencia de Dios, y justo ahora viene en camino un cuarto bebé, cuyo nacimiento está programado al rededor del 21 de febrero, cumpleaños de san John Henry.

2. Una religiosa de Guadalajara, México, nos ha escrito por correo electrónico para comunicarnos que en los meses recientes ha obtenido la curación completa de un serio problema de estomago que le estaba causando muchos malestares y complicaciones, esto después de haber orado suplicando la intercesión de san John Henry Newman. Estamos en espera de conocer más detalles.

3. Una familia estaba sufriendo terriblemente por la desaparición de su hija que, como supieron unos días después, había sido secuestrada. Gracias a una amiga que había participado en una reunión con miembros de la Newman Society, recibieron una estampa de san John Henry Newman, fue esa misma amiga quien les invitó también a orar, suplicando que por intercesión de este santo, les fuera alcanzada la gracia de recuperar



Relicario con un poco de cabello de san John Henry Newman.

con bien a su hija. La familia había estado rezando con insistencia desde que se pecataron de la desaparición de la joven, pero después de la oración a san John Henry cuentan que experimentaron cómo la paz interior volvió a su corazón, y no había pasado ni media hora cuando sonó el teléfono: unos policías de Querétaro se comunicaron para informarles que acababan de recuperar con bien a su hija, justo se había escapado de los secuestradores y había llegado a una tienda Oxxo, a donde la policía había acudido para auxiliarla. La familia ha comunicado este testimonio con mucha gratitud por cómo Newman escuchó su angustiada oración y les devolvió no solo la paz del corazón, sino sobre todo a su hija sana.

Seguiremos compartiendo en los números siguientes de nuestro Cuaderno, más testimonios de favores concedidos san John Henry. Les animamos a seguir promoviendo su devoción y a que todos acudamos en nuestras necesidades a su poderosa intercesión, para que seamos objeto de su paterna solicitud y, en su amor por nosotros, podamos experimentar una prenda del amor que Dios nos tiene.

ORACIÓN POR LA TRANSFORMACIÓN DEL CORAZÓN

«Dios mío, haz latir mi corazón al unísono con el tuyo. Purifícalo de todo lo que es terreno, de todo lo que sea orgullo y sensualidad, de todo lo que es rudo y cruel, de toda perversidad, de todo desorden, de toda falta de finura. Llénalo de tu presencia»

Meditaciones y Devociones, XVI, p. 413.

ORACIÓN PARA UNA RENDICIÓN INCONDICIONAL

«Los que quieran servir a Dios, los que quieran salvar su alma, comiencen por convencerse de que no lo podrán conseguir sin una fe generosa, sin la propia entrega generosa, sin ponernos en manos de Dios, no regateando con Él, ni estipulando condiciones, sino diciendo:

«Oh, Señor, aquí estoy. Seré lo que tú me pidas. Iré dondequiera que me envíes. Cargaré con lo que Tú quieras poner sobre mí. No por mi propio poder o fortaleza. Mi fortaleza es verdadera debilidad; si confío en mí mismo, mucho o poco, fracasaré; pero confío en Ti. Confío en Ti, y sé que me ayudarás a realizar aquello que me hayas pedido que haga. Confío, y sé que nunca me abandonarás ni olvidarás. Nunca me pondrás ante una prueba sin ayudarme a superarla. Nunca habrá fallo por tu parte, ni faltará la gracia. Tendré y me sobrá en abundancia. Seré probado. Será probada mi razón porque tendré que creer; serán probadas mis inclinaciones porque tendré que obedecerte, en vez de darme gusto; será probada mi carne porque tendré que sujetarla. Pero Tú eres para mí más que todas las otras cosas juntas. Tú puedes compensarme de todo lo que tomes de mí, y tomarás de mí, porque te me darás también a Ti mismo. Tú me guiarás»

San John Henry Newman, Sermones católicos, s. V, p. 90.

ORACIÓN PARA INVOCAR MISERICORDIA

Mi Señor Jesús, cuyo amor por mí fue tan grande que te hizo descender del cielo para salvarme, muéstrame mi pecado, muéstrame mi indignidad; enséñame a arrepentirme sinceramente, perdóname por tu misericordia.

Mi amado Salvador, te pido que tomes posesión de mi persona. Solo tu perdón puede hacerlo. No puedo salvarme solo, no soy capaz de recuperar lo que he perdido.

Sin Ti no puedo recurrir a Ti, ni agradarte. Al contar solo con mis fuerzas iré de mal en peor, me debilitaré completamente, me endureceré por negligencia. Haré que mi centro sea yo mismo, en lugar de Ti. Adoraré a cualquier ídolo modelado por mí en lugar de adorarte a Ti, el único verdadero Dios, mi Creador, si no lo impides por tu gracia.

Oh, mi amado Señor,  escúchame!

Ya he vivido bastante en este estado: suspendido, indeciso y mediocre. Quiero ser tu fiel servidor. No quiero pecar más. Sé misericordioso conmigo. Haz con tu gracia que yo sea quien sé que debería ser.

Oración para implorar favores:

Dios, Padre Nuestro, tu siervo san John Henry Newman defendió la fe con su enseñanza y ejemplo. Que su lealtad a Cristo y a la Iglesia, su amor a la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y su compasión por los perplejos, sirvan de guía al pueblo cristiano hoy. Te suplicamos que concedas los favores que te pedimos por su intercesión... Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

**Si recibes algún favor por intercesión de san John Henry Newman, por favor comunícanoslo.*



The Newman Society

"Un heterogéneo e independiente grupo de hombres dedicados a una labor de autoreforma, no por presión alguna de la opinión pública, sino simplemente porque era necesario y justo emprenderla". Un puñado de amigos, pues "no queremos grandes tropas, sino francotiradores", que buscamos ayudarnos en la más sublime actividad humana, el trabajo sobre nosotros mismos. Nuestra amistad es garantía de fidelidad y fecundidad apostólica.

Queremos fomentar entre los jóvenes la amistad auténtica y la formación integral. **Nuestro modelo inspirador es san John Henry Newman**, canonizado por el Papa Francisco en Roma, el 13 de octubre de 2019. También nosotros deseamos "que los mismos lugares y los mismos individuos sean a la vez oráculos de sabiduría y santuarios de devoción; que el laico sea verdadero y devoto creyente, y que el hombre devoto sea culto y pueda dar razón de su fe".



COR AD COR LOQUITUR

